

BO. LIBROS
BRUGUERA

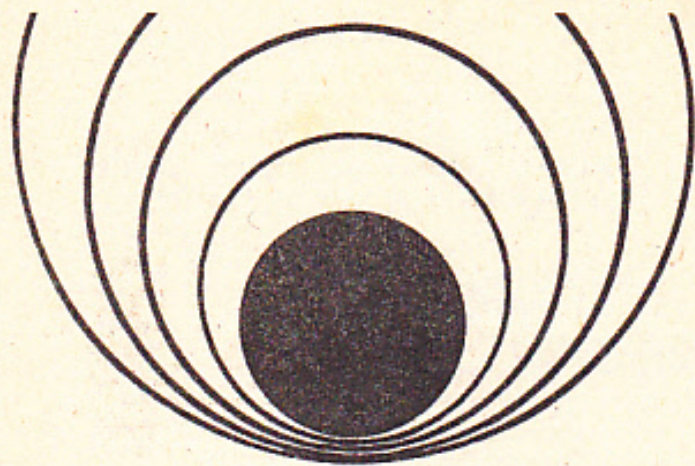
PUNTO
ROJO

LA LUNA ES UN FAROLILLO CHINO

W
Lou Carrigan



W
SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS



PUNTO ROJO



LOU CARRIGAN
LA LUNA ES UN FAROLILLO CHINO

Colección PUNTO ROJO n.º 985
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección LA HUELLA:

140. — Tempestad en un vaso de agua.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

531. — El pistolero y la soga.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

265. — Sekreten Polizeiiken.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

462. — Un dólar de plomo.

En Colección PUNTO ROJO:

974. — La mansión de los placeres.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.593. — Clínicamente asesinado.

En Colección KANSAS:

1.186. — Las raíces del odio.

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 766 - 1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: marzo, 1981

© Lou Carrigan - 1981

texto

© Enrique Martín - 1981

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA. S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera. S. A.
Parets del Vallés (N-152. Km 21.650) Barcelona - 1981

CAPITULO PRIMERO

Finalmente, los dos hombres que aguardaban silenciosos desde hacía más de quince minutos, vieron aparecer el tren por el extremo de la estación central de Luxemburgo. El resto de personas que esperaban se animaron, cambiaron comentarios, sonrisas... Ellos permanecieron siempre en silencio, fija la mirada en el tren procedente de París.

De pronto, uno de ellos sacó la billetera, la abrió y dejó así visible la fotografía de la mujer. El otro le echó un vistazo y comentó:

—¿Qué te parece si dejas de mirarla?

—Es para no equivocarme, Luigi.

Este emitió una risita.

—No es fácil confundir a esa mujer con ninguna otra, me parece a mí. Está... como un tren.

Rieron los dos, fija la mirada en el rostro de la muchacha que aparecía en la fotografía. El sencillo chiste tenía su gracia, sin duda.

El tren se acercaba cada vez más lentamente, y desde luego, no se parecía en nada a la muchacha de la foto.

Parecía tener alrededor de treinta años, era pelirroja, y en su hermoso rostro ligeramente exótico, de pómulos un tanto acusados, destacaban los grandes ojos azules y la boca llena y tierna; la barbilla redonda y firme. Era una preciosidad.

Otto guardó la billetera comentando:

—Me gustaría saber cómo era antes de la operación facial.

—No creo que fuese más hermosa. Si acaso, algo más fea, si eso es posible. Yo creo que, puestos a operarse, la fulana habrá decidido que le hermosearan la carita. Sí, seguramente era más fea.

—Esa mujer no ha podido ser fea nunca.

—Tienes razón. Bueno, pronto la veremos en carne y hueso.

El tren se había parado.

Algunas personas se habían acercado, y saludaban ya a los recién llegados pasajeros que comenzaban a descender al andén. Hubo besos, abrazos, saludos, risas... Comenzaron a aparecer las maletas.

Otto dirigió una mirada hacia el hombre que permanecía alejado del tren, apoyado en el edificio de la estación.

—Todavía sigue ahí —murmuró.

Luigi miró de reojo hacia el solitario personaje, y otra vez pensó que no le gustaría tener a aquel hombre como enemigo.

Medía más de metro ochenta, era delgado, pero de hombros anchos y duros; sin duda tenía esa clase de musculatura fina y

dura como el acero. Calzaba gruesos zapatos deportivos; pantalones color crema, jersey negro y una chaqueta de *sport* de tono parecido al pantalón completaban su atuendo. Resultaba elegante y deportivo a la vez.

Pero lo que tenía impresionados a Otto y Luigi era su rostro, seco, anguloso, bronceado por el sol. La boca grande, delgada, plegada en un gesto que parecía de cepo; barbilla saliente y sólida; ojos negros de indiferente expresión; cabellos cobrizos, sí, era impresionante.

—Debe de estar esperando a alguien —dijo Luigi.

—Hombre, claro.

Los dos miraron de nuevo hacia el tren, buscando la aparición de la mujer de los cabellos rojos.

Luigi fue el primero en verla, dio con un codo a Otto, y la señaló. La pelirroja estaba descendiendo del tren en aquel momento.

Ya en tierra, se volvió para agarrar su maleta, con la que se apartó unos pasos del tren. Dejó la maleta en el suelo, y miró sin impaciencia ni excesivo interés a derecha e izquierda.

Su mirada resbaló sobre Otto y Luigi, se posó un instante en el sujeto solitario, se tendió más adelante... y regresó hacia Otto y Luigi, que caminaban ya hacia ella.

Se quedó mirándolos, pero sin expresar interés especial. Simplemente, los miraba. Otto y Luigi comprendieron que la pelirroja tenía buen instinto. Segundos después, los dos se detenían ante ella.

La fotografía hacía justicia a su belleza, y, desde luego, no era fácil que la pudieran confundir con otra mujer.

—¿Señorita Devreux? —preguntó Luigi.

La miraban de arriba abajo, sin molestarse en disimular. Tenía un cuerpo magnífico, espléndido, moldeado graciosamente por el ajustado vestido de fina lanilla de color azul pálido. Los senos eran perfectos, la cintura delgadísima, las caderas amplias, pero sin exceso.

Una escultura. Bueno, no podía ser de otro modo.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó la pelirroja.

—Estamos esperando a la señorita Aimée Devreux, y tenemos buena base para saber que es usted.

—¿Qué base?

—Una fotografía que nos llegó hace días desde París. Nos la envió un amigo llamado Albert Gobels.

—¿Puedo ver la fotografía?

Conversaban los tres fluidamente en francés, aunque se observaba un leve acento en Luigi y Otto. En Aimée Devreux no se notaba acento alguno ajeno al francés, aunque Otto y Luigi pensaron que

quizá no lo notaban ellos pero sí lo notaría un francés.

Por fuerza, debía de haber algún leve acento en la voz de Aimée Devreux, cuyo verdadero nombre no era ése, ciertamente.

Otto había sacado de nuevo la billetera, y mostraba la fotografía a la pelirroja, que apenas verla asintió con un gesto.

—Sí—dijo—, yo soy Aimée Devreux.

—Tenemos un coche esperando —dijo Luigi, inclinándose a recoger la maleta de la pelirroja.

—¿Podrá usted explicarnos lo que le ha sucedido a Albert Gobels?

—preguntó Otto, guardando la billetera.

—Desde luego. Estuve hablando con él en el hospital.

—¿En el hospital? —respingó Otto—. ¿Qué le ha ocurrido?

—Un estúpido accidente de automóvil: lo atropellaron.

Los dos hombres se detuvieron en seco, y se quedaron mirando fijamente, con cierta expresión de sobresalto, a la hermosa Aimée Devreux, que frunció el ceño como divertida.

—¿Qué les pasa? ¿No me creen? Albert Gobels está en el hospital del Sacré Coeur: pueden ir a preguntarle cuando quieran.

—¿Quién lo atropelló?

—¿Se refiere al conductor del automóvil? No lo sé.

Yo no estaba con Albert cuando sucedió, y por lo que me ha dicho el propio Albert, el conductor se dio a la fuga.

—¿Dónde ocurrió?

—En plenos Campos Elíseos. Albert estaba cruzando por un lugar que no correspondía a los peatones, el coche lo alcanzó, lo tiró a un lado, y el conductor prefirió huir.

—De modo que no sabemos quién lo hizo.

—Yo no, por el momento. Quizá más adelante la Policía francesa pueda informar a Albert, si encuentran al conductor, lo que me parece bastante problemático en París, francamente. Aquello es una casa de locos. Muy diferente de Moscú.

—Se me está ocurriendo —susurró Otto— que pudieron ser los rusos, señorita Devreux... sus camaradas.

—¿Mis camaradas? —frunció el ceño Aimée—. ¡No diga tonterías! En primer lugar, si mis camaradas hubieran localizado a Albert Gobels significaría que me habrían localizado a mí, y en ese caso, íes aseguro que yo no estaría aquí ahora. En segundo lugar, si mis camaradas del servicio secreto ruso hubiesen querido matar a Gobels, éste ya estaría muerto, no hecho una piltrafa en el hospital. No sé si me entienden.

Su mirada era fría, casi despectiva.

Otto y Luigi se miraron, y reanudaron la marcha, llevando entre ellos a la hermosa pelirroja.

—¿Cuánto hace que lo atropellaron? —preguntó Luigi.

—Ocho días.

—Recibimos la fotografía hace dos días solamente. ¿Cómo pudo enviarla Gobels desde el hospital?

—Me llamó por teléfono al apartamento que me tenía preparado cuando llegué de Moscú, y me dijo que fuese a hacerme una fotografía a todo color. Sólo la cara. Le pregunté qué ocurría y me dijo que hacía tres días había tenido un accidente, que estaba en el hospital del Sacré Coeur, adonde tenía que llevarle la fotografía. Hasta ese momento, yo había estado preocupada por no tener noticias suyas. Bueno, fui a hacerme la fotografía a una máquina automática y se la llevé. Sé que ustedes son amigos de Gobels porque he reconocido la fotografía que yo misma me hice.

—Se la llevó a Gobels. ¿Qué más?

—El me dijo que viniera hoy aquí, en tren, y que no me preocupara de nada más. Supongo que metió la fotografía dentro de un sobre y se la envió a ustedes. Alguien del hospital, cualquier médico o enfermera, pudo hacerle el servicio.

—¿No habría sido más fácil que lo hiciera usted?

—Evidentemente —miró Aimée con irritación a Luigi—. Gobels no quería que yo supiese adónde me dirigía exactamente en Luxemburgo hasta que alguien me recogiera en la estación. Me extraña que no hayan comprendido eso, porque yo lo comprendí en el acto... Y la verdad, no me gustó mucho, después de todo lo que he hecho para poder aceptar la oferta de su organización. Y he dicho claramente *oferta*. Les recuerdo que fueron ustedes los que me buscaron a mí no yo a ustedes. Y otra cosa: ¿acaso Gobels no acompañó las fotografías con una carta o una simple nota?

—Solamente decía que no podía venir, pero que llegaría usted en ese tren.

—Ya. Bueno, pues si quieren saber algo más, vayan a París y pregúntenselo a Albert Gobels. No me gusta que me interroguen.

—No se enfade. ¿Cómo está Gobels?

—Salió bien librado después de todo. Tiene rota una pierna, algunas costillas y desperfectos en la cara, pero saldrá bien del percance.

—Eso debe alegrarle a usted.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Bueno, desde que usted salió de Rusia han estado juntos mucho tiempo, y especialmente después de la operación, Gobels debe de haberle hecho mucha compañía. Tengo entendido que siempre ocasiona trauma cambiar de cara.

Aimée Devreux se llevó instintivamente una mano al rostro, y las yemas de sus dedos acariciaron sus bellas facciones. No dijo nada.

En aquel momento, pasaban los tres relativamente cerca de donde esperaba el sujeto de más de metro ochenta vestido deportivamente.

Ni él los miró, ni pareció que ellos lo mirasen, pero, cuando salían de la estación, Aimée preguntó:

—¿Era uno de ustedes?

—¿Quién?

—El hombre de los ojos negros. Ya sabe a cuál me refiero.

—No, no es de los nuestros. Quizá sea ruso.

—No —negó Aimée—, no es ruso. Dejen de pensar en mis ex camaradas, ¿quieren? No tienen ni la menor idea de dónde estoy. Si así fuera... Bueno, ya les he dicho que no habría llegado hasta aquí, de eso pueden estar seguros. Y Albert no estaría ahora en el hospital, sino en más graves apuros.

—Eso es cierto —tuvo que admitir Otto—. De todos modos, el tipo de la estación no me gusta nada.

—Pues a mí sí —sonrió Aimée—. Es guapo de verdad. No bonito... sino *hombre guapo*.

—Tenemos entendido —rió Luigi— que entiende usted mucho de hombres.

—Más de lo que quisiera. Ese de la estación es alemán, no creo equivocarme.

—Sea lo que sea, ¿qué puede importarnos?

Otto había hecho señas y un coche estaba ya acercándose a los tres. Se detuvo junto al bordillo. Otto abrió la portezuela izquierda de atrás, y Aimée entró. Luigi puso la maleta en el asiento junto al conductor, y entró detrás de Otto en el mismo asiento que la hermosa Aimée, que quedó en un extremo.

El coche partió.

Luigi volvió la cabeza y estuvo mirando unos segundos lo que sucedía tras ellos. Otto le imitó, tras presentar al conductor:

—El es Jean.

—Hola, Jean —saludó Aimée Devreux.

—Hola —sonrió éste—, ¿Qué pasa? ¿Qué miráis?

—Había un tipo en la estación —murmuró Luigi—. Ha salido detrás de nosotros y ha subido a un coche. Tiene una notificación de multa por estacionamiento prohibido en el parabrisas, pero parece que ni siquiera la ha visto. Viene detrás de nosotros.

—Puede ser casualidad —dijo Jean—. A alguna parte ha de ir, ¿no?

—Sigue. Nosotros veremos qué hace.

—Bien.

Jean condujo hacia la Avenue de la Liberté, por la cual continuó hacia el centro de la ciudad. Poco después, pasaban

frente al edificio de Correos, a la derecha de la marcha. Al poco, vieron la Jefatura de Policía, a la izquierda, en el cruce con la Grand Rué... Jean giró a la derecha poco después, y subió hasta la Avenue de la Cote d'Eich. Pasaron por debajo de la autopista.

—Nos está siguiendo —murmuró Otto.

Jean miró una vez más por el retrovisor. En efecto, el pequeño «Volkswagen» seguía tras ellos, como un pequeño escarabajo negro y vivaz.

—Puedo dejarlo atrás antes de llegar al cruce de la 7 con la E 42 —dijo Jean.

—Nada de eso.

La Avenue de la Cote d'Eich se convirtió en la carretera 7 al salir de la ciudad. Al poco apareció a la derecha el desvío hacia Echternach. Jean lo tomó. El «Volkswagen» seguía tras ellos. Jean farfulló una maldición.

—Tranquilízate —dijo Luigi, tocando con un codo a Otto—. Baja eso, Otto.

Otto se colocó en el asiento de modo que pudo bajar el acolchado brazo que podía dividir en dos el asiento de atrás. Metió la mano dentro y sacó una pistola, que tendió a Luigi. Luego sacó otra para sí. Aimée Devreux los contemplaba en silencio.

—Jean —dijo Luigi—, saca el coche de la carretera en cuanto veas el primer camino. En todo caso, ni siquiera debemos llegar a Junglinster.

—De acuerdo. Hay muchos caminos por aquí.

—¿Qué piensan hacer? —preguntó Aimée.

—Saldremos de la carretera. Si todavía nos sigue entonces, lo sentiré por él.

—No me gustan los procedimientos de ustedes —rechazó la pelirroja—. Si ese hombre nos sigue debe de ser por algo, y debe de saber algo... ¿No sería mejor que le preguntasen?

—Seguro que sí. Pero sólo si las cosas suceden como a nosotros nos conviene.

Muy pronto apareció un camino a la derecha. Jean desvió el coche por él, siguió unos doscientos metros y detuvo el coche a un lado de ese camino, a la sombra de un alto y frondoso árbol. Vueltos hacia la carretera, Otto y Luigi vieron pasar el «Volkswagen» carretera adelante. Dejaron de verlo enseguida.

Luigi farfulló algo, mientras Aimée, que también se había vuelto a mirar, sonreía irónicamente. Jean se volvió hacia el asiento de atrás.

—¿Ha pasado de largo? —preguntó.

—Sí, pero vamos a esperar aquí unos minutos. Y si cuando

volvamos a la carretera aparece de nuevo...

No terminó la frase. Jean paró el motor, y todo quedó en completo silencio. Lucía un tibio, desgastado sol de agosto. Otto encendió un cigarrillo, captó la mirada de Aimée Devreux y con un gesto de disculpa le ofreció el paquete. La pelirroja se puso a fumar también, en silencio. Era un lugar agradable. Jean había encendido asimismo un cigarrillo. Luigi todavía miraba hacia la carretera. Pasaron algunos vehículos, en ambas direcciones.

Transcurrieron algunos minutos.

—Ya vuelvo —dijo Luigi, disponiéndose a salir del coche.

—¿Adónde vas? —preguntó Otto.

—A mear —gruñó Luigi, saliendo del coche.

Se alejó hacia unas matas, guardando su automática. Una vez tras las matas se aseguró de que no podía ser visto por Aimée desde el coche, bajó la cremallera del pantalón y extrajo su miembro viril.

Estaba en plena función fisiológica cuando ante él apareció el sujeto de los ojos negros, con una automática en la mano derecha, apuntándole al pecho. Luigi palideció, y se le cortó el chorro de micción.

El sujeto se acercó con un ágil paso, y sin más, le aplicó un tremendo rodillazo en las ingles. Luigi quedó lívido como un muerto, se encogió y cayó hacia adelante, sin un gemido, privado del conocimiento.

Los negros ojos del desconocido se volvieron hacia la mata por entre la cual se veía la oscura mancha del coche.

El silencio era total.

CAPITULO II

Aimée metió la colilla en uno de los ceniceros, que cerró con seco chasquido.

—Es una ordinariez —dijo.

—¿Qué? —la miró Otto.

—Lo de su amigo. Podía haberlo hecho en la estación o esperar a llegar a nuestro destino, ¿no le parece?

Otto encogió los hombros, y se disponía a contestar algo cuando la portezuela derecha de atrás se abrió, y fuera del coche pudo ver, acucillado, pistola en mano, al sujeto de los ojos negros. Otto había guardado la pistola en el bolsillo interior de la chaqueta, y comprendió en el acto que era hombre muerto si intentaba sacarla. Jean estaba boquiabierto, todavía vuelto hacia el asiento de atrás, pues se había dedicado a contemplar a la hermosa pelirroja... Esta, al ver al sujeto se limitó a parpadear, con gesto de pismo.

—Pongan los tres las manos sobre la cabeza —dijo el desconocido, en francés—. Luego, salgan muy despacio, por este lado. Si retiran las manos de la cabeza, dispararé.

Su advertencia era clarísima, sin truculencia de ninguna clase. Simplemente, les advertía. Jean fue el primero en poner las manos sobre la cabeza, luego lo hizo Otto y finalmente, de mala gana, Aimée Devreux. Primero salió Otto, luego Aimée y finalmente, cuando el desconocido abrió la portezuela delantera derecha, lo hizo Jean, con no poca incomodidad, debido a la presencia de la maleta de la pelirroja. Ni un instante retiraron las manos de la cabeza, pues el desconocido parecía tener una docena de ojos, y unos reflejos vivísimos.

—Caminen hacia aquellas matas.

—¿Qué le ha hecho a Luigi? —susurró Otto.

—Está vivo, no se preocupen. Vamos adonde está él.

Otto y Aimée comenzaron a caminar. Jean hizo el gesto, pero de pronto se volvió velozmente hacia el sujeto, disparando su puño derecho hacia su barbilla... Pero ni el sujeto ni su barbilla estaban ya donde creía Jean, cuyo puño silbó en el vacío mientras todo su cuerpo se vencía hacia adelante. Cayó de rodillas, parando el golpe con las manos y lanzando una exclamación de rabia y decepción. En el momento en que Aimée y Otto se volvían el desconocido daba un paso hacia Jean, por un lado de éste, y su pie derecho se hundió de punta en el hígado de Jean, con blando chasquido.

Jean quedó amarillo, sus ojos se desorbitaron y cayó de cara.

La pistola apuntaba a Aimée y Otto.

—Llévenlo hacia las matas.

Jean estaba como muerto. Otto sentía continuos escalofríos en la nuca. Estaba presintiendo la neta superioridad de aquel hombre sobre ellos. Parecía que no hacía nada, pero estaba controlando la situación totalmente.

Cuando soltaron a Jean, tras arrastrarlo, junto al también desvanecido Luigi, Otto miró al desconocido.

—¿Quién es usted? —murmuró.

—Klaus Plumm.

—¿Y qué quiere?

Los negros ojos del llamado Klaus Plumm se entornaron.

—¿Mi nombre no les dice nada? —susurró.

—Claro que no.

La negra mirada de Plumm se posó en Aimée.

—¿A usted tampoco?

—No —negó ella—. ¿Por qué a mi?

—¿Albert no le habló de mi?

—¿Albert?

—Albert Gobels.

—¿Conoce usted a Gobels? —exclamó Otto.

—Así es. Y quiero saber qué han hecho ustedes con él.

—¿Nosotros? ¡Nosotros somos amigos de Gobels! Y él está en el hospital del Sacré Coeur, en París, víctima de un accidente de circulación...

Una retorcida sonrisa, que puso de punta los pelos de Otto, estiró los delgados labios de Klaus Plumm.

—No me diga —deslizó con falsa amabilidad.

—¡Pregúntele a ella! ¡Ella también es amiga de Albert Gobels, y habría venido con él si no hubiera ocurrido eso!

—¿Me toman por imbécil?

—Lo será si no cree lo que le están diciendo —replicó secamente Aimée—. Gobels tenía que llegar hoy conmigo, pero está en el Sacré Coeur, con una pierna rota. Lo atropelló un automóvil en los Campos Elíseos.

La negra mirada de Klaus Plumm parecía querer perforar los azules ojos de Aimée Devreux.

—¿Por qué tengo que creerla?

—Pues no me crea —replicó despectivamente la pelirroja—. Pero no podemos decirle otra cosa, señor Plumm.

—¿Sabe?, la vi a usted con Albert en París, así que la he reconocido en cuanto ha bajado del tren. Pero yo no la esperaba a usted, sino a Albert. ¿Está segura de que él no le habló de mí?

—Segurísima.

—¿Usted estaba esperando a Gobels? —murmuró Otto—. ¿Por qué?

—Nos vimos en París hace un par de semanas y me dijo que tenía un buen trabajo para mí, pero que tendría que esperar un poco... Me dijo que volviera a Colonia, y que esperase, mientras arreglaba mis asuntos allá para ausentarme una larga temporada. Y hoy tenía que estar en la estación de Luxemburgo, esperándole. Pero en lugar de él llega esta mujer...

—¿Y qué ha creído? —gruñó Aimé—. ¿Que yo había matado a Gobels?

Klaus Plumm vaciló un instante, pero visiblemente.

—Me preocupó que él no apareciera, eso es todo. Y cuando la vi a usted con estos tipos, pensé... que ni usted ni ellos eran precisamente amigos de Albert.

—Pues se ha equivocado. Y de lleno. Ya le he dicho lo que ha ocurrido. También a mí me ha enviado Gobels a Luxemburgo, sin más explicaciones.

—¿Qué clase de trabajo le ofreció Gobels a usted? —preguntó Otto.

—No lo especificó, pero entre nosotros sobran esa clase de aclaraciones. Solamente hay una clase de trabajo que a mí pueda interesarme, y se aseguro que no sería un puesto en una oficina o en una panadería.

Aimée Devreux soltó una breve carcajada, y se quedó mirando con expresión divertida a Otto, que consiguió una sonrisa.

—Es posible que lleguemos a entendernos, señor Plumm. Como le hemos dicho, somos amigos de Gobels, y si él, que forma parte de nuestro grupo especial, creyó conveniente contratarle...

—Ese grupo especial... ¿son los halcones? —cortó Plumm.

—¿De dónde ha sacado ese nombre? —exclamó Otto.

—A lo mejor —deslizó irónicamente Aimée— se lo dijo Albert Gobels. ¿Podría ser eso, señor Plumm?

—No sé por qué —gruñó éste—, pero usted me, parece bastante más inteligente que estos sujetos. ¿Qué hacía en París con Albert, cuáles son sus relaciones?

—Escuche, señor Plumm, es evidente que en todo esto ha habido un mal entendido, y que usted es un buen amigo de Albert Gobels que se ha preocupado de él. Eso le convierte en persona grata a nuestro grupo, pese a... estos pequeños contratiempos iniciales —señaló a Jean y Luigi, tendidos en el suelo—. ¿Le parecería a usted bien venir con nosotros igual que lo habría hecho si el propio Albert Gobels le hubiese estado esperando y le hubiera presentado formalmente?

—No sé si me gusta la idea —titubeó Klaus Plumm.

—A mí tampoco —dijo Otto—. Si Gobels no puede identificarle...

—¿Quiere más identificación que el modo en que ha tratado a sus amigos? —se burlo Aimée—. Vamos, vamos, seamos razonables todos, ¿de acuerdo? En cuanto al señor Plumm, salta a la vista que sería una buena adquisición para la organización. ¿O no?

—Está bien —murmuró Otto, mirando a Plumm—, puede venir con nosotros, Plumm. Pero espero que se dé cuenta de que podemos hacer fácilmente contacto con Gobels y que si usted nos ha mentido...

Movió la cabeza y no dijo nada más. Klaus estuvo unos segundos mirándole fríamente. Por fin, asintió con un gesto.

—De acuerdo Lleven a sus amigos al coche y sigan su camino, yo iré detrás de ustedes. ¿Vamos muy lejos?

—No.

De nuevo asintió Plumm, guardó la pistola en la axila y se alejó unos pasos, volviendo ostensiblemente la espalda. Por un momento, Otto sintió que la mano se le iba sola hacia la pistola, pero la voz de Aimée, en un susurro, le hizo desistir:

—Déjelo venir. Sea verdad o mentira lo que dice, nos conviene tenerlo cerca y a mano, no rondando suelto a sus anchas.

Klaus Plumm desapareció.

—Me pregunto cómo lo ha hecho —gruñó Otto.

—¿Lo de sorprendernos? Pues muy sencillamente: pasó de largo, detuvo el coche en cuanto encontró un lugar adecuado, y regresó a pie. No es tonto, no... Ni timorato, ¿verdad? Y si realmente es amigo de Gobels, será útil. Los hombres como él siempre lo son.

—Se diría que Plumm le gusta a usted.

—Además de guapo —sonrió Aimée— tiene las narices bien puestas, así que... ¿cómo no habría de gustarme? Y no olvide que yo entiendo bastante de hombres. Vamos a ver qué hacemos con estos dos...

Consiguieron reanimar a Jean y a Luigi en pocos segundos, y poco después los cuatro se instalaban de nuevo en el coche. Luigi estaba sombrío, todavía pálido y no poco dolorido. Jean tenía algunas dificultades para respirar bien, y su humor no era más bueno que el de Luigi.

—Ya ajustaremos cuentas ese Plumm y yo —siseó Luigi.

—Si quiere un buen consejo, olvídelo —dijo Aimée—, porque tengo la impresión de que el señor Plumm no sería tan amable con usted la próxima vez.

Luigi no replicó. Jean maniobró, y emprendió el regreso hacia la carretera. Cuando estuvieron en ésta no vieron el «Volkswagen» por ninguna parte, pero cuando llevaban apenas un minuto

circulando, reapareció tras ellos. Otto mascullo algo, y Aimée, que parecía de lo más divertida, se limitó a encoger los hombros.

Poco después, dejaban atrás la localidad de Junglinster y, unos cuatro kilómetros más arriba, llegaron al cruce de Graulinger. Jean entró en esta localidad un minuto más tarde, la cruzó, y vieron el indicador hacia Larochette y Diekirch. Pero apenas habían recorrido un par de kilómetros cuando apareció el camino a la izquierda. Jean metió el coche por él, y al poco apareció el chalet, metido en un pequeño bosquecillo. Sólo cuando estuvieron más cerca distinguió Aimée las altas verjas de hierro que rodeaban la casa.

—Parece que es un lugar discreto —murmuró—. O mejor dicho, de difícil acceso, pero muy visible, al estar tan aislado.

Nadie contestó a su comentario. Ya ante las verjas, que abrió un hombre, Aimée vio el tejado de pizarra, la hiedra en las paredes de la casa, amplia y hermosa, algo antigua, quizá. Otto llamó al hombre que se acercó a la ventanilla.

—Deja pasar al «Volkswagen» —dijo Otto— pero avisa a los demás de que, ocurra lo que ocurra, el hombre que conduce no debe salir del recinto.

—Entendido.

El coche siguió hacia la casa, con el «Volkswagen» detrás, que finalmente se detuvo al lado del primer coche. Se apearon todos, y Otto se acercó a Klaus Plummer.

—Venga a la casa —dijo—. Informaremos sobre usted, y es de suponer que será entrevistado... cuando me haya entregado su arma.

—¿Quién me entrevistará?

—Se supone que el Director.

—Director... ¿de qué?

—De «El Nido». Está usted en «El Nido»... ¿No le habló Gobels de esto?

—No. Pero si hay halcones no me sorprende que haya un nido.

—Muy ocurrente, Plumm. ¿Su pistola?

Otto tendió la mano izquierda. Plumm la miró, dirigió luego una mirada a Aimée Devreux, que le contemplaba con divertida expectación, y tras un gruñido, entregó su automática, diciendo:

—No cometan errores conmigo: Albert Gobels me estima mucho, pueden comprobarlo en cuanto quieran.

—Lo haremos. Vamos a la casa.

Una vez dentro de la casa, Klaus fue conducido a un saloncito, donde se le indicó que debía esperar a ser llamado, y fue dejado solo. Klaus se dejó caer en un sillón y encendió un cigarrillo.

Mientras tanto, Aimée Devreux fue conducida a un despacho,

que estaba vacío en aquel momento. También se le indicó que esperara, y fue dejada sola. Aimée se sentó en el centro del sofá, y se dispuso a esperar.

Casi diez minutos más tarde, la puerta se abrió. Aimée volvió la cabeza, y miró al hombre que entró en primer lugar, precediendo a Otto y Luigi. El hombre debía de tener apenas cuarenta años, era alto, apuesto y elegante. Muy atractivo, esgrimía una sonrisa que no podía ser más cordial, y que ensanchó cuando se acercó a Aimée, que no se movió del sofá. El hombre tenía los ojos de un bello color pardo, olía a loción *aftershave* y sus cabellos, lisos, parecían como planchados sobre su interesante cabeza, relucientes.

—Soy el Director —dijo—. ¿Cómo está usted, Karina Verkova?

Había hablado en ruso. Aimée Devreux asintió con la cabeza, y replicó, también en perfecto ruso:

—Muy bien, gracias. ¿Y usted?

—Espléndidamente —rió el Director—. Es un gran placer conocerla. Por favor, no se mueva. Podemos charlar cómodamente de todos modos.

Se dirigió a la mesa del despacho, alejada unos cinco metros del sofá, y ocupó el confortable sillón giratorio. En silencio, sacó una carpeta de un cajón, la abrió y retiró de ella una gran fotografía a todo color que mostraba un primerísimo plano de una muchacha de cabellos rubios, ojos azules, muy hermosa.

El Director de «El Nido» dedicó medio minuto a mirar alternativamente la fotografía y a Aimée Devreux, y fue por demás evidente que estaba haciendo comparaciones.

—Bien —dijo por fin—, evidentemente, han hecho un buen trabajo con usted en esa clínica, señorita Verkova. Lástima que no sea posible cambiar el color de los ojos. Por lo demás, con esos ligeros cambios en sus facciones, y con el cabello teñido de rojo, no parece nada fácil que nadie relacione a mademoiselle Devreux con Karina Verkova, la... desertora de los servicios secretos rusos. Sí, es una lástima lo de sus ojos.

—Si alguna vez tengo que exhibirme demasiado, puedo ponerme unas lentillas de contacto de otro color —dijo Aimée Devreux—. No creo que eso sea ningún problema.

—Desde luego que no. En definitiva, me parece muy satisfactorio su cambio de imagen —el Director guardó la fotografía y la carpeta—. Todo está bien. Espero que se reponga usted pronto de los últimos ajetreos, y que pueda empezar a trabajar.

—No estoy cansada, pero si le parece bien, no empezaré hasta mañana.

—Me parece bien. No hay ninguna prisa especial, ya que nuestros planes son a muy largo plazo. Lo de Gobels ha sido una lástima, pero esperamos que pronto podrá reunirse con nosotros. De todos modos, usted ya no lo necesita para nada, ¿verdad?

—Para mi trabajo aquí no. Pero me gustaría que Albert no tuviese ninguna clase de dificultades. Desde que se puso en contacto conmigo hasta que nos separamos nos hemos entendido bien. Y ha sabido organizar muy bien las cosas: el viaje desde Moscú, la clínica, mi estancia en París, mientras mi nuevo rostro terminaba de definirse... Espero que se ocuparán de él debidamente.

—No solemos abandonar a nuestros empleados —sonrió el Director—, especialmente a los que, como Gobels, tienen toda clase de contactos; como el de usted, por ejemplo. Para «El Nido» es una satisfacción tenerla a usted como... profesora, señorita Verkova.

—Albert Gobels me dijo que me pagarían veinticinco mil dólares mensuales... por anticipado, cada primero de mes.

—Hoy no es primero de mes —sonrió de nuevo el Director—. Sin embargo, a efectos de su sueldo, no importa: lo cobrará entero y en efectivo, si lo desea.

—No —rechazó la falsa Aimée Devreux—, Quiero cada vez un cheque en dólares, para enviarlo a determinado banco donde me los irán ingresando en cuenta.

—Así lo haremos. Todo este asunto de Klaus Plumm... ¿Qué le parece a usted? Se lo pregunto porque dado su conocimiento de los hombres quizá haya obtenido alguna sabrosa conclusión sobre ese sujeto.

—Es listo y decidido. Y muy atractivo.

—Pero quizá esté mintiendo.

—Eso es muy fácil de saber: llamen a Albert Gobels al hospital del Sacré Coeur y pregúntenle si conoce a Klaus Plumm. Nadie mejor que Gobels para solucionar este asunto.

—En efecto. Pero no queremos llamar por teléfono a Gobels. Y mucho menos enviarle cartas o telegramas.

—Sí, lo comprendo. De todos modos, supongo que algo se les ocurrirá para asegurarse sobre Plumm y Su amistad con Gobels.

—Lo arreglaremos, desde luego. Pero mientras tanto le pregunto a usted: ¿cree que Plumm está mintiendo?

—No soy adivina, señor director. Yo diría que no, pero es posible que me esté dejando llevar por la agradable impresión personal que ese hombre me ha producido.

—¿Diría usted que puede ser ruso?

—De ninguna manera —rechazó en el acto Karina Verkova—.

Yo digo que es alemán, y aunque podía equivocarme en el sentido de que quizá sea polaco, belga o suizo, por ejemplo, desde luego no es ruso.

—De acuerdo. ¿Cree que podría ser americano?

—Tal vez. ¿Sabe una cosa, señor Director? Estoy teniendo tentaciones de marcharme ahora mismo de aquí.

—¿Por qué? —se sorprendió el Director.

—Porque si usted cree que ese hombre puede ser ruso o americano esto significa que sus sistemas de seguridad no son demasiado buenos, y, francamente, por lo que Albert Gobels me contó, yo tenía la impresión de que su organización era mucho más importante y segura. Ahora, parece que están empezando a ver fantasmas rusos y americanos. ¿Tan poco seguro está usted de sus sistemas de seguridad?

El Director sonrió ampliamente.

—Tiene usted razón —admitió—. En realidad, sólo me estaba preguntando si vale o no vale la pena admitir más personal en «El Nido». ¿Cree que Klaus Plumm sería una buena adquisición?

—Sí, pero es cosa que no me incumbe —encogió los hombros Karina Verkova—, Lo que sí me interesa, y mucho, son mis alumnas. ¿Cuándo podré verlas?

—Bueno, si empieza usted mañana su curso de amor...

—No. Quiero verlas antes, sin que ellas me vean a mí si esto es posible. Y quiero conocerlas, saber cómo se llaman, de dónde proceden... Supongo que tiene usted una especie de fichero en ese sentido.

—Sí. Y también puede verlas sin que ellas lo sepan. Precisamente ahora están todas en el salón, aburriéndose... ¿O prefiere ver primero sus fichas?

—No. Primero a ellas. Luego almorzaré y me retiraré a mi dormitorio con las fichas, para estudiarlas. ¿Le parece bien?

—Por supuesto —asintió el Director, poniéndose en pie—. Vamos a ver a las chicas, y mientras tanto le subirán el equipaje y las fichas a su dormitorio. ¿Qué le gustaría almorzar?

—Cualquier cosa. Es un tema que nunca me ha merecido especial atención por mi parte. Un par de bocadillos mientras veo a las chicas será suficiente.

—Había pensado que podríamos almorzar juntos, cambiando impresiones sobre las muchachas.

—Podemos dejar eso para la cena.

—De acuerdo, la llevaré allá y la dejaré sola mientras yo atiendo otros asuntos. Por favor, acompáñeme.

CAPÍTULO III

La puerta se abrió y Klaus se quedó mirando al apuesto personaje que entró en el saloncito, acompañado de Otto y Luigi. Este último cerró la puerta, mientras el desconocido se acercaba a Plumm, que se puso lentamente en pie.

—Señor Plumm, soy el Director de «El Nido», donde se halla usted ahora —no hubo apretón de manos, ni falsas sonrisas—. Puesto que Albert Gobels lo citó en la estación de Luxemburgo está claro para mi que pretendía traerlo aquí para que le contratara. ¿Qué sabe usted hacer?

Klaus entornó los párpados.

—Cualquier cosa que hagan sus dos acompañantes puedo hacerla yo mejorándola.

El Director esbozó una sonrisita.

—Tengo entendido que en París vio usted a Gobels con la señorita Aimée Devreux. ¿Le había citado Gobels en París?

—No. Fue una casualidad. Yo estaba en París buscando algo que me conviniera cuando los vi, caminando por Montmartre. Pensé que Albert tenía buen gusto, y no quise molestarlo, pero cuando se despidió de la chica me acerqué a saludarlo. Se alegró mucho de verme.

—Ya. Y le ofreció trabajo.

—Sí. Albert me conoce bien.

—¿Cuánto hacía que no se veían?

—Un par de años.

—¿De qué se conocen ustedes?

—Pregúnteselo a Albert.

—Lo haré. Voy a pensar en el modo de sacarlo del hospital, pero eso llevará unos días. Y depende mucho de su estado, claro. ¿Volvió usted a ver a Gobels y a la señorita Devreux después de aquella primera vez en Montmartre?

—No. Albert me dijo que fuese a arreglar mis asuntos en Colonia, y que sin dejar rastro estuviera hoy en la estación de Luxemburgo. De modo que abandoné París, arreglé mis cosas en Colonia. Y el día y hora indicados acudí a la cita. Mire, siento lo que ha pasado antes, pero pensé que a Albert le había ocurrido algo, y eso me irritó.

—Nadie va a reprocharle a usted que sienta afecto y lealtad hacia un amigo, señor Plumm. ¿Le anticipó Gobels algún dinero?

—Unos pocos francos, a título personal. Y me hacían falta, se lo aseguro.

—Es extraño que un hombre como usted se encuentre en esa clase de situaciones.

—Quizá. Pero no soy de los que aceptan cualquier trabajo.

—¿Qué clase de trabajo rechazaría usted?

—Bueno... Golpear desgraciados, ir por ahí haciendo de matón o guardaespaldas, meterme en grupos mercenarios para asesinar en masa... Cosas así.

—¿Pero no le asusta matar?—

—No.

—Señor Plumm, está usted contratado, en principio, a la espera del contacto con Albert Gobels. Me parece una tontería preguntarle si maneja bien las armas.

—Puedo acertar una moneda de un franco a quinientos metros... con un buen rifle, claro.

—¿Está bromeando?

Klaus apretó los labios en una seca sonrisa, y eso fue todo. El Director asintió.

—Un tirador de élite siempre es muy útil —murmuró—. ¿Qué opina usted de la señorita Devreux?

—¿De esa pelirroja? —se desconcertó Klaus—. Nada en particular... excepto que me ha parecido que no es francesa.

—No, no lo es —sonrió el Director—. ¿Qué diría usted qué es?

—Rusa. Las conozco bien.

—¿Habla usted ruso? —se animó el Director.

—Sí.

—Espléndido... ¡Espléndido! Creo que va a ser usted uno de mis mejores halcones, señor Plumm.

—Gracias. ¿Qué clase de trabajo hacen los halcones, si ya puedo saberlo?

—Digamos que... controlan a los pajarillos, y cuando es necesario, asesinan a determinado personaje que por cualquier circunstancia se ha convertido en una molestia o un peligro para mi organización. En definitiva, señor Plumm, mis halcones son asesinos profesionales de alto nivel. ¿Encaja esto con usted?

—Si.

El Director hizo un gesto de cabeza hacia sus dos acompañantes.

—Ellos son Otto y Luigi. Ya irá conociendo a los demás. Si como supongo, ya que ha abandonado Colonia por tiempo indefinido, trae usted todas sus cosas, Luigi le acompañará a buscarlas al coche, y le instalara en uno de los dormitorios de grupo. Sea bien venido. Otto, ven conmigo.

Sin más, dio la vuelta y salió del saloncito, seguido de Otto, que en cuanto la puerta se hubo cerrado tras ellos, murmuró:

—Es frío como el hielo, ya se lo dije.

—Puede ser un hombre muy eficaz —susurró el Director—, pero no confiaremos plenamente en él hasta que hayamos aclarado la

situación con Gobels. Mientras tanto, no lo pierdas de vista... y mantén la boca cerrada. Ya le hemos dicho a Plumm incluso más de lo que hacía falta.

—¿No ha sido un error por parte de usted?

—¿Eso piensas? —lo miró irónicamente el Director.

—¿Le ha tendido usted alguna trampa?

—Los hombres que no tienen ninguna información no pueden hacer nada. Los que disponen de ella pueden hacer algo... como por ejemplo intentar comunicarla a alguien. Es entonces cuando se cometen los errores. Ve ahora a buscar el equipaje de la rusa, súbelo a su dormitorio con las fichas de las chicas, que encontrarás en mi mesa. Luego, tú y Luigi encargaos de que el señor Plumm esté en todo momento bien atendido.

—Si él no fuese lo que dice ser significaría que las cosas se estarían complicando, ¿no es así? Quizá sea un ruso que se ha dado cuenta del juego y está vigilando a Karina Verkova... A fin de cuentas, ella ha desertado de su puesto en la Escuela del Amor de los rusos, y se ha fugado de Rusia.

—Pensaré en el modo de contactar con Gobels en el hospital de París. Creo que todo está bien, pero si no es así lo último que nos conviene es perder la serenidad. Haz lo que te he dicho. Yo voy a ver a la rusa.

El Director entró en un pequeño cuarto situado bajo la escalinata, y que en realidad era más bien un retorcido pasillo que terminaba ante una pared en la que había un cristal, de un metro de ancho por ochenta centímetros de altura.

Karina Verkova estaba sentada en una silla ante el cristal, a través del cual se vía el gran salón de la casa; cristal que, visto por la parte del salón, era un espejo de apariencia normal, evidentemente, de modo que las muchachas que había allí no podían darse cuenta de que estaban siendo observadas.

—¿Cómo va eso? —preguntó el Director, acercando otra silla para sentarse junto a la rusa.

Esta tardó unos segundos en contestar. Pareció incluso que no le había oído, y continuó mirando a la docena de muchachas que había en el salón. Algunas charlaban, otras tomaban el aperitivo, otras leían, una de ellas miraba por el ventanal... Todas ellas eran muy jóvenes y hermosas, vestían con elegancia, tenían indudable clase. No eran simples chicas bonitas, sino personas de calidad, al menos aparentemente. Incluso las tres de raza oriental tenían un sello de distinción admirable. De estas tres, una era japonesa, y las otras dos, chinas. Las restantes muchachas parecían representar lo mejor de la belleza femenina europea.

—Están muy bien —dijo por fin Karina.

—¿Sólo muy bien?

—Si juzgo por su aspecto tengo que admitir que puedo hacer grandes cosas con ellas. Pero usted sabe que un cuerpo bonito no es suficiente.

—No voy a decir que sean de la *jet-society*, pero todas han sido muy bien seleccionadas: son inteligentes, cultas y discretas... Le aseguro que estamos seleccionando lo mejor de lo que se puede disponer. Lamentablemente, todavía no disponemos de ninguna que forme parte de la aristocracia europea, pero estamos... acercándonos bastante positivamente a un par de ellas, una en Francia y la otra en Holanda. Hay posibilidades. Y seguimos buscando. Tenemos tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Todo el que haga falta. A usted se la contrató por un período mínimo de tres años, ¿no es así? Lo que significa que en ese tiempo se embolsará en total novecientos mil dólares.

—Podríamos llegar al millón —sonrió Karina.

—¿Por qué no? No hay inconveniente en ello, siempre y cuando su trabajo resulte satisfactorio, señorita Verkova. Si no lo fuese, no permanecería usted aquí tres años, espero que lo entienda.

—Claro. Pero no hay problema. Conozco muy bien mi trabajo. Hace más de cuatro años que lo vengo desempeñando en la Escuela Rusa del Amor, y mi labor como profesora de chicas cariñosas ha sido siempre elogiada por mis jefes. Por poca capacidad que tenga una chica bonita puedo convertirla en una amante excepcional, capaz de enloquecer al más templado de los nombres... Pero usted ya sabe eso, ¿verdad? Si no fuese así no habría movilizad a Albert Gobels hasta que él consiguió efectuar contacto conmigo para hacerme la oferta.

—Sabemos muy bien que Karina Verkova es la mejor profesora de que disponían los rusos para su Escuela del Amor —asintió el Director—. Espero que aquí obtenga los mismos éxitos que en Rusia.

—No hay ningún hombre que pueda resistirse a una mujer si ésta, además de ser bonita, sabe lo que tiene que hacer.

—¿Ninguno? ¿Ni siquiera un tipo como Klaus Plumm?

Karina Verkova miró con su característica expresión divertida al Director.

—¿Me está usted desafiando? —casi rió.

—Los hombres como Plumm no son fáciles de manejar. ¿Sabe que él se ha dado cuenta de que usted es rusa?

—¿Se ha dado cuenta? —respingó Karina—. ¿Cómo?

—Dice que las conoce bien, a las mujeres rusas. Y por lo visto, su francés no es tan bueno como usted creía.

—Hablo varios idiomas —susurró Karina—. No esperará usted que los hable como si fuera nativa de cada país.

—Sería pedir demasiado, y por otra parte, eso no tiene importancia para su trabajo. Bastará que pueda usted comunicarse con todas sus alumnas.

—Lo conseguiré. Bueno, está el problema de la japonesa y las dos chinas...

—Las tres hablan inglés, y una de las chinas puede hacerse entender en ruso, portugués y francés. La más joven... la del peinado recogido. Su nombre es Grulla.

—¿Grulla?

—Todas ellas llevan nombres de pájaro: Grulla, Alondra, Ruiseñor, Anade, Jilguero, Golondrina, Zorzal, Pinzón, Gorrión, Petirrojo...

—¡Qué exótico es todo esto!

—¿Por qué dice eso? —se quedó mirándola fijamente el Director.

—Pues no sé... Me parece exótico, eso es todo. Lo del nido, los halcones, los pájaros... ¿A usted no le parece exótico?

—Un poco, quizá —parpadeó el Director—. Su habitación ya está preparada. Y puesto que es individual, sintiéndolo mucho, no es de las más grandes; las grandes las ocupan los halcones, por grupos.

—Me hago cargo, no se preocupe. Por otra parte, las comodidades no significan demasiado para mí... por el momento. Espero saber y poder apreciarlas en el futuro.

—Si todo sale bien, no se arrepentirá usted de haber marchado de Rusia.

—¿Y si sale mal? —le miró sonriente Karina.

—Si sale mal —sonrió también el Director— ninguno de los que estamos aquí tendremos ya nunca preocupaciones por las comodidades... ni por ninguna otra cosa.

Karina asintió, sin perder la sonrisa, y volvió a mirar a «sus muchachas». Un precioso ramillete, sin duda.

La llamada Grulla no sólo era preciosa, sino de una delicadeza exquisita; aunque quizá la más... sugestiva era la japonesa, cuyo cuerpo parecía realmente de la más fina porcelana, con unas formas bellísimas. Las europeas, dejando aparte la lógica diferencia de matices de belleza, tenían más empaque que las asiáticas, otros gestos... Bueno, cada una de aquellas chicas podría ser utilizada adecuadamente, sin duda.

El Director se puso en pie cuando lo hizo Karina, salieron del mirador y la acompañó a su dormitorio, en el piso superior. Era más grande de lo que Karina había pensado, pero, desde luego, no

era de los mejores de la casa. Su equipaje, compuesto absolutamente por prendas nuevas compradas en París, estaba allí, y sobre la cama, vio un paquete de carpetas con las fichas.

—Le enviare algo para almorzar —dijo el Director—. Tómese el tiempo que quiera.

—¿A qué hora es la cena?

—A las ocho.

—Estaré lista para entonces. Y mañana por la mañana empezaré a trabajar. ¿Podré disponer de Klaus Plumm?

—¿Para qué? —se sorprendió el Director.

—No se pueden dar clases sobre los hombres sin tener un modelo, ¿no le parece? —sonrió la rusa.

—Tengo la certeza de que sabe usted lo que hace —murmuró el Director—. Pero tenga cuidado: mi impresión es que Klaus Plumm no es un hombre fácil de manejar.

—Para usted no —rió Karina Verkova.

* * *

Klaus Plumm estaba colocando sus cosas en el armario que compartiría con otros halcones cuando el Director entró en el dormitorio, en el que había cuatro lechos individuales. Un dormitorio amplio, con vistas al bosquecillo de la parte sur de la casa. Sentados en el borde de uno de los lechos estaban Luigi y Otto, que se pusieron en pie inmediatamente, diciendo el primero: —Nos pareció que Plumm estaría bien en nuestro dormitorio, señor Director. Tampoco a Jean le importa.

El Director miró detenidamente a sus hombres, inexpresivo el rostro. La idea de meter a Klaus Plumm en el mismo dormitorio que ocupaban los tres hombres a los que había humillado era un poco preocupante en cuanto a disciplina interna, pero a fin de cuentas, cabía esperar de Plumm que supiese llevar la situación. Y si no sabía, peor para él.

Cuando miró a Klaus, captó perfectamente la dura expresión en los negros ojos del alemán; pero esa expresión estaba muy al fondo de los ojos. Aparentemente, la actitud de Plumm era de indiferencia.

—Otto le irá indicando cuáles son sus obligaciones en «El Nido», Plumm —dijo—. Pero mañana por la mañana estará libre de ellas, ya que ha sido solicitada su colaboración por Aimée Devreux.

—¿Mi colaboración? ¿Para qué?

—Ella se lo dirá. Quiero que desde primera hora de la mañana

esté a su disposición.

—Muy bien. Estaré preparado en cuanto salga el sol.

CAPITULO IV

—Me llamo Aimée Devreux —dijo ésta, en inglés—, pero todas vais a llamarme simplemente Aimée, y espero que vamos a ser buenas amigas. Hablaremos siempre en inglés durante las clases, puesto que es el idioma que todas habláis sin dificultad, pero no tendré inconveniente en conversar particularmente con cada una de vosotras en vuestro idioma... si es que lo conozco. En ese sentido, temo que Grulla, Ruiseñor y Golondrina tendrán que disculparme: no hablo chino, ni japonés. Pero atenderé cualquier consulta de ellas, igual que de las demás. ¿Alguna duda?

Nadie dijo nada.

Aimée, que era la única que se hallaba de pie, miró hacia Klaus Plumm, que cigarrillo en los labios, la contemplaba con expresión inescrutable, sentado en uno de los sillones del salón. Las chicas se hallaban esparcidas por éste, mirando con suma atención a su profesora.

—Todas sabéis por qué estáis aquí, y en lo que a mí respecta, no habrá favoritismos ni excepciones, en ningún sentido. Todo lo que espero de vosotras es que aprendáis, aunque —sonrió— no tendré inconveniente alguno en aprender cualquier cosa que vosotras podáis enseñarme a mí. Y ahora, vamos a empezar la clase... ¿Sabéis cómo definen los hombres a las mujeres?

Silencio total. Aimée encendió un cigarrillo y sonrió.

—Hay una frase mundialmente extendida que dice que las mujeres somos... animales de cabellos largos e ideas cortas. Supongo que todas habréis oído alguna vez esa frase.

Hubo murmullos de asentimiento que Aimée atajó con un gesto, sin dejar de sonreír.

—Yo tengo una réplica adecuada para los hombres que utilizan esa frase, y es la siguiente: el hombre es un animal de cabellos cortos y pene largo.

Las muchachas se echaron a reír, dirigiendo maliciosas miradas a Klaus Plumm, que continuó fumando impertérrito.

—Claro que —añadió Aimée—, no todos los hombres cumplen este requisito. Algunos son al revés: cabellos largos y pene corto.

Hubo más risas. Plumm parecía de piedra.

—Incluso hay hombres —siguió Aimée— que no tienen largos los cabellos ni nada Pero —siguió de nuevo entre risas— nosotras vamos a atenernos a mi primera frase definitiva del hombre más... abundante: cabellos cortos y pene largo. Todas habéis entendido supongo que el punto débil de ese hombre no son precisamente los cabellos —de nuevo risas y miradas al impávido Plumm— así que nos concentraremos en las... posibilidades que ese punto

débil del hombre nos ofrece para nuestro provecho y beneficio. Hay otro punto débil en el hombre: el estómago. Si a un hombre se le dá bien de comer y se le satisface sexualmente, es muy fácil de manejar. Así que, oportunamente, en estas agradables reuniones entre amigas, hablaremos también de cocina. No para convertirnos en cocineras, sino para saber qué, cómo y cuándo puede gustar al hombre en esa materia; sobre todo, y en general, estos conocimientos serán útiles cuando «nuestro» hombre haya rebasado los cuarenta y cinco o cincuenta años-. Antes de esa edad, sienten más interés en la otra cuestión. Y después también, pero armonizándola con la comida. Hoy, puesto que disponemos de un hermoso ejemplar de hombre que no parece haber alcanzado los cuarenta, vamos a referirnos solamente al más interesante de sus puntos débiles... ¿Tiene usted ya cuarenta años, señor Plumm?

—Tenga los que tenga —dijo Klaus apaciblemente— puedo asegurarle que no es la comida lo que por el momento despierta mi interés.

De nuevo hubo risas en el salón.

Eran poco más de las nueve de la mañana, y por los ventanales se veía un día agrisado, como impregnado de humedad.

—Tengo la impresión —dijo Aimée— de que el señor Plumm está dispuesto a colaborar. ¿Es así, señor Plumm?

—Mi impresión es la de que será agradable hacerlo. Por lo tanto, sí, cuente conmigo, Aimée.

—Muchas gracias —dijo Aimée, entre risas—. Veamos... Como todas sabemos, hay muchas clases de hombres, en cuanto a su modo de reaccionar ante el sexo. Pues bien: lo primero que tenemos que averiguar de un hombre es cuál es su modo de reaccionar. Por ejemplo, hay hombres que cuando desean a una mujer van a por ello, la tumban en la cama, la tienen, y a otra cosa. Estos son los más difíciles de manejar en líneas generales. Si los complacemos rápidamente pensando que así van a estar más satisfechos de nosotras, corremos el riesgo de que esa... rapidez de contacto se convierta en costumbre, lo que significaría que se llegaría a la situación que menos nos interesa, es decir, la nula comunicación con «nuestro» hombre. Si, por el contrario, pretendemos alargar demasiado la... preparación del amor, podemos irritarlo, en cuyo caso se tornará brusco y poco comunicativo. Por lo tanto, debemos encontrar el punto de equilibrio que a él le satisfaga y a nosotras nos permita conversar con él y obtener *con paciencia*, la información que estamos buscando. En todo caso, hay siempre un riesgo latente en las relaciones con esa clase de hombres: el riesgo de pasarse de

cariñosa, de convertirse en empalagosa. O sea, debemos ofrecer y dar todo cuanto él quiere, en el momento en que él quiere y tal como lo quiere. Si lo hacemos mal, para ese hombre sólo seremos... una muñeca para jugar, de modo que si persiste en relacionar se con nosotras será sólo por eso. Si lo hacemos bien despertaremos su atención y hasta es posible que una cierta fidelidad temporal hacia nosotras. Al hombre le gusta que le escuchen y le admiren. Si además de eso sabemos estar a punto en el momento preciso, el asunto está resuelto... a nuestro favor, claro. Y ahora, decidme: ¿qué clase de hombre os parece que es el señor Plumm?

Las discípulas comenzaron a hablar todas a la vez, animadamente, y Aimée tuvo que esforzarse para conseguir de nuevo el silencio.

—Por favor, de una en una... ¿Zorzal?

—Yo creo que es muy guapo, pero antipático.

—¿Alondra? —preguntó Aimée, sonriendo.

—Más que guapo... es viril. Yo diría que no es de los que se entretienen demasiado con una mujer.

—¡Lo mismo pienso yo! —exclamó Gorrión.

—¿Grulla? —dijo Aimée a la chinita.

—Creo que el señor Plumm debe ser tratado con mucho cuidado —dijo Grulla—, porque aunque desee a una mujer, siempre desconfiará de ella.

—Sin embargo —saltó Pinzón—, ahora que veo esa sonrisa en la boca del señor Plumm, yo diría que también puede ser un hombre encantador. ¡Siempre y cuando se le complazca, naturalmente!

—Lo cual —intervino Golondrina, la otra chinita—, no parece fácil. No porque el señor Plumm sea antipático, sino porque no le gustan las mujeres tontas.

Las opiniones sobre Klaus Plumm empezaron a embarullarse, pues todas querían hablar al mismo tiempo.

Aimée impuso silencio de nuevo y pendiente de la atención de todas se acercó a Klaus Plumm y se sentó en sus rodillas. Hubo más risas.

—En cierto modo —dijo tranquilamente Aimée, rodeando con uno de sus bracitos el cuello de Plumm—, todas habéis acertado. Y no porque el señor Plumm sea excesivamente complejo, sino porque *todos* los hombres presentan facetas diferentes en momentos diferentes. Y aquí es donde entra nuestra astucia de mujer: hay que saber qué quiere él en cada momento, y complacerle, pero sin servilismo. Hemos de dar la sensación de enamoradas, no de esclavas. ¿Está de acuerdo conmigo, señor

Plumm?

—Más bien sí.

—¿Le molesto sentada en sus rodillas?

—En absoluto. Lo que me molesta es que me trate como un maniquí.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que mientras usted puede hacer lo que le venga en gana, yo no puedo hacerlo, y limitarme a...

—¡Claro que puede hacer lo que le venga en gana! ¡Pero si es precisamente ése el motivo central de esta clase!

—Ah... ¿De veras?

—¡Por supuesto!

Klaus Plumm apretó con su brazo izquierdo la cintura de Aimée, lo deslizó espalda arriba y apoyando la mano en la nuca de la rusa la obligó a bajar el rostro.

La besó en la boca, con fuerza, profundamente, mientras su mano derecha buscaba en la blusa de Karina Verkova. Abrió la blusa, dejando parcialmente visibles los hermosos senos sueltos, y procedió a acariciarlos...

El silencio se había hecho de nuevo en la clase para chicas cariñosas.

Klaus Plumm deslizó su boca lentamente hacia la barbilla de Karina Verkova, luego hacia su garganta y fue descendiendo siempre lentamente hacia sus pechos, que comenzó a besar despacio y concienzudamente, sin dejar de acariciarlos con su mano derecha.

Karina Verkova había cerrado los ojos, y tenía entreabierta su hermosa boca. Klaus Plumm emprendió el regreso con la suya hacia la de la rusa, volvió a tomar sus labios, y los sorbió como si fuera a comérselos.

* * *

—Se la va a tirar —jadeó Otto.

Igual que Luigi y el Director, estaba detrás del cristal que permitía ver lo que sucedía en el salón. Ni Luigi ni el Director contestaron a su expresiva frase, de momento.

Por fin, Luigi dijo:

—No creo que ella se lo permita.

—Tiene que permitírselo —dijo el Director—. De otro modo, todo cuanto ella ha dicho o pueda decir en adelante no será tomado en serio. Está ahí para enseñar a esas chicas a complacer a los hombres en todos los sentidos, de modo que no puede ahora rechazar a uno de ellos, sea Plumm o el demonio en persona. No puede rechazarlo de ninguna manera. Simplemente, *no puede hacerlo*.

—Pues nos vamos a divertir —masculló Luigi.

—Más se va a divertir Plumm—gruñó Otto—, ¡Maldito sea!

—Esa rusa tiene unos pechos preciosos —dijo Luigi—. Y no parece que le vaya a hacer ascos a Plumm... ¡Fíjate cómo mueve las caderas, tan despacio! ¡Está poniéndolo al rojo vivo!

—O él a ella —dijo Otto.

—No —rechazó el Director—. A Karina Verkova no la pone al rojo vivo nadie. Sencillamente, lo está haciendo suyo. Ella sabe que la estoy mirando, y va a convencerme de que sabe hacer su trabajo no sólo como profesora, sino como chica en activo, que es lo que fue en principio, naturalmente.

—Pues está recordando sus viejos tiempos —rió Luigi, con los ojos encendidos—. ¡Si yo fuese Plumm, ya la habría...! ¿Qué hace Plumm ahora?

* * *

Klaus Plumm se había puesto en pie, sin dejar de besar en la boca a Karina Verkova, manteniéndola apretada contra él, colgada de su cuello.

Pero no permaneció así, sino que fue inclinándose lentamente, hasta que la rusa quedó tendida en el suelo, siempre unidos por la boca, abrazada ella a él.

Plumm se tendió sobre la alfombra junto a Karina, y reanudó sus caricias en los pechos, deslizando una mano hacia los muslos, primero por encima de la falda, luego subiendo ésta... Dejó de besarla en la boca, volvió a la garganta, al pecho...

—Oh, sí —murmuró Karina—. ¡Sigue por ahí Klaus, querido mío!

El silencio era impresionante en el salón. Las miradas de todas las chicas permanecían fijas en la escena que se estaba representando,

Karina Verkova buscó con una mano ,en el pantalón de Klaus Plumm, efectuó una caricia y tras lanzar una exclamación, llevó una mano al rostro del hombre.

—Klaus... ¡Klaus!

El giró, se puso sobre ella, y volvió a besarla en la boca. La tensión de las alumnas era visible.

Estaban seguras de que de un momento a otro, Klaus Plumm iba a poseer a su profesora, cuando de pronto ésta apartó la boca y susurro:

—Klaus, ¡lo deseo tanto! Pero no aquí... Llévame arriba, mi vida...

—No —gruñó Plumm—. Aquí ha comenzado el juego y aquí va a terminar, delante de todas.

—Oh, pero yo preferiría... que estuviésemos solos. Quiero estar todo el día a solas contigo, Klaus!

—No pretendas jugar conmigo, profesora de putas —masculló el alemán—. Lo haremos aquí delante de todas, ahora mismo.

Ella se abrazó con más fuerza a él; su rostro quedó a un lado de la cabeza de Klaus Plumm, de modo que éste no podía verlo, pero sí las alumnas... que quedaron pasmadas cuando Karina Verkova les guiñó un ojo sonriendo burlonamente, al mismo tiempo que decía:

—Klaus, llévame a mi habitación... Me estás volviendo loca —guiñó de nuevo el ojo a sus alumnas, que comenzaron a comprender el juego de Karina Verko- va—, ¡No puedo esperar más, ni quiero conformarme sólo con una brutalidad tuya, quiero más... te lo suplico, Klaus...!

Guiñó de nuevo el ojo cómicamente, y buscó acto seguido con su boca la de Klaus Plumm. que correspondió rudamente al beso.

Se oía ahora el resoplar del hombre por la nariz. Karina apartó su boca a los pocos segundos.

—Klaus... Klaus, por favor... Te daré... lo que nunca ningún hombre tuvo de mí...

—No... no...

—Llévame arriba... Llévame arriba y serás el hombre más feliz del mundo...

Comenzó a besarlo en el cuello, en la barbilla, en la boca, en los ojos... Cada vez que él no podía verla, Karina Verkova guiñaba el ojo a sus discípulas, que ya impuestas de la situación, estaban tomando buena nota de la lección de su profesora.

—Me gustaría tanto... que me llevases en tus fuertes brazos hasta mi cama... —jadeaba Karina—. ¡Oh, Klaus! Sé que nunca me arrepentiré de haberte dado lo que nunca le di a nadie, vida mía... ¡No, no quiero que me toques más aquí, ni que lo hagas aquí todo...! ¡Quiero poder

morirme de gusto en tus brazos a solas...!

Klaus Plumm movía negativamente la cabeza, pero se estaba poniendo en pie, con Karina colgada de su cuello.

La alzó de pronto en brazos y se dirigió hacia la puerta del salón por la que desaparecieron ambos.

Las alumnas de Karina Verkova tardaron unos segundos en reaccionar.

Entonces, lo hicieron todas a la vez, lanzándose a una serie de excitados comentarios sobre la actuación de la muy peculiar pero indiscutiblemente eficaz y competente profesora de amor...

* * *

El Director autorizó la entrada.

La puerta se abrió, Karina Verkova entró y fue directa a la mesa, sobre la que arrojó un papel doblado en cuatro. El director miró el papel y de nuevo a la rusa.

—¿Qué es? —preguntó.

— Un resumen que contiene todo sobre Klaus Plumm. Es alemán, tiene treinta y ocho años, ha sido mercenario, estuvo preso en Rusia. Ahí lo tiene todo.

De nuevo miró el papel el Director de «El Nido». Y de pronto soltó una carcajada.

—¡De modo que lo ha conseguido! —exclamó.

—Me pareció que podía aprovechar la clase práctica para las chicas aclarando un poco la posición de ese nombre, a fin de que usted supiera a qué atenerse con respecto a él.

—Eso es muy meritorio por su parte, señorita Verkova, pero no tenía por que someterse a ese sacrificio.

—No diga tonterías —refunfuñó Karina—. No ha sido ningún sacrificio.

—¿Quiere decir que no ha permitido que él la...?

—¡Claro que se lo he permitido! Lo que quiero decir es que no lo he pasado mal ni mucho menos.

—Ya... Sí, entiendo. Bien, vamos a ver qué le ha sacado usted a Plumm durante estas tres horas y pico de... trabajo. Siéntese, siéntese, señorita Verkova.

La rusa obedeció. El director leyó el papel.

Según el contenido de éste, Klaus Plumm era un pájaro de cuidado, pero nunca en acciones de baja estofa.

Mercenario, aventurero, espía, cualquier cosa que pudiera dar dinero era aceptado por Klaus Plumm, menos pequeñas porquerías. De eso, ni una sola.

—Según parece —murmuró el Director mirando a Karina—, nuestro amigo Plumm es un hombre que vale la pena tener a

favor, pero aquí no dice nada de su amistad con Albert Gobels.

—No he querido hablarle en esta ocasión de Gobels: le habría puesto sobre aviso en seguida. En cambio, sin mencionar eso, la entrevista ha sido muy agradable.

No es tan antipático como parece, pero, desde luego, es un hombre peligroso. Y ello por dos características principales de su personalidad: es inteligente y tiene mala uva.

—Pero no con usted.

—La verdad es que no —rió la rusa—. Pero no pienso apretarle demasiado las clavijas.

—El caso es que necesito pronto tener absolutas garantías sobre Klaus Plumm. Estamos a punto de recibir una visita importante en «El Nido», y no quisiera que Plumm la viese sin estar seguro de él. Lo ideal sería, desde luego, poder comunicarse con Albert Gobels... y todavía mejor, traerlo aquí.

—Eso no será posible en bastantes días debido a su pierna rota. En el hospital se sorprenderían mucho de que se llevaran a Gobels en su actual estado... incluso cabe pensar que se opondrían. ¿Para cuándo esperamos esa visita tan importante?

—Para pasado mañana.

—Es poco tiempo para seguir trabajando a Plumm —reflexionó Karina—. En estos momentos, debe de estar pensando lo bien que lo ha pasado conmigo, y en las muchas preguntas que le he hecho entre placer y placer. Durante unos días estará hosco conmigo... Pero podemos engañarlo fácilmente.

—¿De qué modo?

—Encárguese a él que vaya a París a recoger a Albert Gobels.

—Acaba usted de decir que los médicos no permitirán que Gobels abandone el hospital.

—Plumm no sabe eso. Dígale que vaya. Si acepta, podemos estar seguros de él, ya que, aunque se vuelva sin Gobels, éste lo habrá visto, y si Plumm ha mentado, nos lo hará saber de un modo u otro.

—Si Plumm va a París, puede regresar diciendo que ha visto a Gobels... y no ser cierto. Puede entrar en el hospital, permanecer unos minutos preguntando por Gobels, enterarse de que éste no puede abandonar el hospital y regresar aquí diciendo que lo ha visto pero que los médicos no le han permitido que salga del hospital.

—Sí, Plumm podría decir eso... si fuese solo —sonrió Karina Verkova—. Pero puede ir acompañado por alguien que conozca a Gobels muy bien y que presencie la entrevista entre ambos. Alguien que no tenga duda de Gobels ni de su estado.

—¿Usted?

—¿Por qué no?

—Son demasiadas molestias por un solo hombre. ¿Por qué tenemos que molestarnos tanto?

—¿Cree que es mejor matarlo?

—¿No le gusta la idea?

—Podría ser una locura. Si Plumm no es amigo de Gobels y por tanto forma parte de cualquier grupo enemigo de «El Nido», matarlo significaría precipitar las cosas. Suponiendo que Plumm se hubiese colado aquí con intenciones no amistosas, no debe estar solo, ¿verdad?

—Claro que no —gruñó el Director.

—Entonces, matarlo sin saber a qué atenerse sería un grave error. O comprobamos que él es amigo de Gobels, o antes de matarlo lo... sometemos a un tratamiento adecuado para saber quién es realmente y qué busca aquí. Pero antes de tomar esa decisión, que finalmente haría reaccionar a sus posibles amigos... ¿por qué no aceptar la posibilidad de que él sea realmente amigo de Gobels? Propóngale ir a París a por Gobels. Si acepta, vamos allá, para asegurarnos. Si se niega... hagámoslo pedazos para saber la verdad sobre él y sobre esos hipotéticos amigos suyos, quiénes son y qué quieren... Todo eso.

—Está usted hablando de un hombre con el que ha pasado una mañana de amor —se estremeció el director.

—Sólo de sexo —replicó fríamente Karina—. Y me ha gustado. Pero no pienso comprometer mi millón de dólares y una larga vida llena de lujos por Klaus Plumm ni por nadie.

—Verdaderamente, ese hombre nos ha complicado la vida... ¡Con lo fácil que sería matarlo!

—A él solo sí.

—Ya, ya entiendo. Está bien, reflexionaré sobre este asunto y le haré saber mi decisión. ¿Algo más?

Karina Verkova negó con la cabeza, se puso en pie, y abandonó el despacho del Director. Afuera casi chocó con la chinita llamada Grulla, que se disponía a llamar a la puerta.

—Ah, Grulla —le sonrió—. ¿Vienes a ver al Director?

—Sí, Aimée. ¿Sabes si puede recibirme?

—Supongo que sí porque está solo. ¿Tienes algún problema?

—Oh, no, no. Sólo quería pedirle un pequeño favor de tipo personal.

—¿Personal? Bueno, espero que te lo conceda —Karina Verkova guiñó un ojo simpáticamente—. Pero si no es así, avísame y haré lo que pueda por ayudarte.

—Muchas gracias, Aimée —sonrió la chinita—. Aunque debería bastarme yo sola para conseguir cualquier cosa de un hombre,

¿no te parece?

—¡Esa es la idea! —rió la rusa—. Pero eres tan joven que quizá necesites unas cuantas lecciones al respecto, De todos modos, si necesitas mi ayuda, cuenta con ella.

—Te lo agradezco. Hasta luego, Aimée.

La chinita llamó a la puerta del Director y entró en el despacho. Aimée se dirigió al salón y nada más entrar vio agrupadas a las chicas ante uno de los sillones, riendo. Klaus Plumm estaba sentado en el sillón, y en sus rodillas tenía a la otra chinita, Golondrina, que reía divertidísima. Estaba completamente desnuda, y Plumm le acariciaba los pechos...

—¿Qué pasa aquí? —exclamó Karina.

Todas las cabezas se volvieron hacia ella. Klaus se limitó a alzar la mirada. Sonrió cáusticamente.

—Tienes unas dignas discípulas, Aimée —dijo—: están intentando convencerme de que les explique con todo detalle lo que ha ocurrido esta mañana entre tú y yo en tu habitación. Pero me parece que no tienen tu poder de convicción... hasta el momento. Necesitan muchas clases todavía. ¡Espero que sigas contando conmigo para ello!

Se oyeron algunas risitas. Karina Verkova miraba los senos de Golondrina, más bien menudos, del color del marfil, preciosos; los pezones, insólitamente grandes y negros, destacaban muy visiblemente entre los bronceados dedos de Klaus Plumm.

De pronto, tras fruncir hoscamente el ceño, Karina Verkova dio la vuelta y se alejó del salón.

Hacia las tres y media de la tarde, Karina se enfrentaba de nuevo ante el Director, en el despacho de éste, que la miró fijamente.

—Su idea ha sido aceptada —murmuró—. Partirá usted hacia París con Klaus Plumm, a ver a Albert Gobels. Tres halcones irán con ustedes.

—¿Son necesarios? —alzó las cejas la rusa—. Espere un momento... ¿Debo interpretar que tampoco confía *en mí*?

—No se trata de eso. Es sólo que ha habido un cambio de planes. Ya le dije que una persona debía venir aquí dentro de un par de días a traer determinado material; tenía que esperar el momento propicio para ausentarse de París, esto es, el fin de semana, y aun así el viaje le iba a resultar un tanto comprometido, de modo que aprovechando el viaje de ustedes, verán a esa persona y se harán cargo del material.

—Me parece muy acertado. ¿A qué persona debemos ver?

—Los halcones se ocuparán de eso. ¿Cuándo estará lista para el viaje?

—Me bastan cinco minutos.

—Estupendo. A las ocho de la noche pueden estar ya en París, viajando en el «Peugeot 504». Una vez allí procedan primero al asunto de Klaus Plumm. Luego, los halcones recogerán el material, y emprenderán el regreso inmediatamente. Ya sé que son en total más de seiscientos kilómetros, pero espero que podrán soportarlos.

—Yo, —sonrió secamente la rusa—. ¿Algo más?

—No.

Diez minutos más tarde, en un confortable y veloz «504» la comitiva emprendía viaje a París.

Al volante del coche iba Jean; junto a él, Luigi. En el asiento de atrás. Otto, Plumm y Karina Verkova.

—Esperemos —dijo Karina— que en el hospital no pongan dificultades para que visitemos a Gobels más tarde de las ocho.

—Escucha, soviética —gruñó Klaus Plumm—, deja de tomarme por idiota. ¿Quieres? Sé muy bien que el principal objetivo de este viaje es ponerme ante Albert, para que me identifique.

—Es usted muy listo, señor Plumm.

Este encogió los hombros desdeñosamente.

—A ver si terminamos este juego de una vez. ¿A qué tantas molestias por mi causa? Me sorprende que no me hayáis metido una bala en la nuca en vez de organizar este viaje colectivo...

—¿De modo que cree que vamos a París exclusivamente por su

asunto? —le miró irónicamente Karina.

—¿Ah, no?

—Cállese —gruñó Otto—. A Plumm no le interesa saber nada del resto hasta que nosotros sepamos la verdad sobre él.

—Te gustaría que fuera un mentiroso, ¿eh? —le miró aviesamente Klaus—. ¡Vaya que sí! Te gustaría mucho poder matarme. ¡Y no digamos Luigi y Jean! ¿Creéis que no me he dado cuenta de que si verías los tres es por eso?

—Señor Plumm —dijo Karina—, está usted consiguiendo que el ambiente de este coche sea tenso.

—De acuerdo. En ese caso, ¿por qué no nos callamos todos y dejamos de molestarnos?

Karina Verkova apretó los labios y Otto dirigió una hostil mirada a Klaus Plumm. Este se acomodó en el asiento, cerró los ojos y al parecer se quedó dormido.

* * *

Eran casi las nueve de la noche cuando Aimée Devreux salió del Sacré Coeur y se dirigió al «504».

Segundos más tarde se sentaba en el asiento de Plumm, en el centro del asiento; en el otro extremo, Otto, que masculló:

—¿Y bien?

—Hemos tenido suerte. He encontrado a uno de los médicos que me vieron visitar a Gobels antes de salir de París y he conseguido convencerle para que nos deje verlo. Sólo un minuto. Es un muchacho simpático.

—Ya —dijo Klaus—, ¿Y qué va a costarte esto? ¿Un polvo en el quirófano?

—Cerdo —dijo Karina fríamente.

—Ya está bien —dijo Otto—. Vamos allá. Vosotros esperad aquí, Jean, Luigi.

—No hombre —gruñó Luigi—. Si te parece nos iremos al Folies Bergère o al Moulin Rouge...

—Eso sería más inteligente que todo esto —masculló Klaus.

Karina salió del coche seguida de Plumm y de Otto.

Entraron en el hospital, y en seguida un joven médico sonriente se acercó a ellos, dijo algo amable a Karina, y se emparejó con ésta conversando animadamente.

Klaus y Otto caminaban tras ellos, contemplando las anchas espaldas que se marcaban en la bata del médico.

No hubo problema alguno. Cuando entraron en una de las habitaciones, una enfermera estaba inyectando algo a uno de los internados, que en número de cuatro ocupaban la pieza.

La mirada de Otto fue en seguida hacia el hombre que yacía,

con una pierna suspendida y escayolada, en una de las camas. Frunció el ceño al ver su rostro cubierto de vendajes, pero no dijo nada.

—Un minuto solamente, por favor —dijo el médico—. Los demás pacientes deben descansar.

Se acercó a conversar con la enfermera, que miraba desconcertada a los tres visitantes, los cuales se acercaron al lecho donde yacía Albert Gobels. Este se hallaba despierto, y sus ojos mostraron una sonrisa al fijarse en Aimée. Luego, se desviaron hacia Otto y Klaus.

—Hola, Otto... —saludó—. Klaus, ya ves, no pude esperarte en la estación, como habíamos convenido.

—Tranquilo —se inclinó Klaus sobre Gobels—. Espero que estés lo bastante bien para reconocerme, Albert.

Una expresión de desconcierto apareció en los ojos de Albert Gobels.

—¿Identificarte? ¿Qué quieres decir?

Otto se inclinó también sobre el accidentado, y pese a los vendajes que cubrían en muy buena parte su rostro, lo identificó.

—Albert, Plumm se presentó en la estación de Luxemburgo, nos siguió cuando recogimos a la rusa, y cuando hicimos contacto nos dijo que la había visto contigo en París, aquí. ¿Es posible?

—Claro. Ya sabía que Klaus se las arreglaría... ¿Es que pasa algo?

—Ya no —masculló Otto—. ¿Cómo va eso?

—Psé. Fue un accidente idiota. Dile al Director que lo siento de veras.

—¿Cuándo crees que te dejarán salir de aquí?

—No tengo ni idea. De todos modos, ¿adónde demonios quieres que vaya con una pata hecha papilla?

—Te sacaremos de aquí en cuanto sea posible. Entonces... ¿nos recomiendas a Plumm?

—Absolutamente. Es un buen elemento.

—Está bien. Tómate las cosas con calma, Albert.

—¿Qué remedio! Oye, ¿qué le ha parecido al Director todo lo que he hecho con la Verkova? ¿Está satisfecho?

—Todo va muy bien ahora. ¿Necesitas algo?

—Una botella de ginebra —masculló Albert Gobels.

A su pesar, Otto sonrió. Karina Verkova se colocó junto a Gobels y le tomó una mano, sonriente, con un simpático gesto de súplica.

—Ya nos vamos —le sonrió Karina—. Ha sido usted muy amable, doctor.

—Hasta pronto, Albert —se despidió Plumm.

Cuando salieron del hospital, Otto iba mohíno, y hasta un poco irritado. Jean y Luigi no parecieron más satisfechos que él cuando

con un simple gesto les hizo comprender que Klaus Plumm había dicho la verdad en todo momento.

—No parecéis muy felices —comentó irónicamente Plumm.

—Vete a la mierda.

Klaus Plumm encendió un cigarrillo y miró hacia el hospital, donde Karina Verkova se había quedado conversando con el joven médico sobre Gobels y su estado. La rusa apareció apenas dos minutos más tarde y se metió en el coche.

—¿Qué dice tu enamorado sobre Albert? —preguntó Klaus.

—Por el momento, no parece que Gobels vaya a poder salir del hospital antes de tres semanas, y eso con suerte. Su pierna está muy mal.

—Bueno, es un modo como otro cualquiera de disfrutar de vacaciones. ¿Qué hacemos ahora? ¡Yo tengo hambre!

—La verdad es que yo también —dijo Karina.

—Vamos a buscar una charcutería donde podamos comprar algo que nos sirva de cena —dijo Otto—. Pero lo que verdaderamente necesitamos es un teléfono.

—¿Te vas a citar con alguna chica? —preguntó Klaus.

—Deja de hacerte el gracioso —gruñó Otto—. Aunque ya estamos seguros de que eres amigo de Gobels, no lo eres nuestro de un modo personal, así que ándate con mucho cuidado con Jean, con Luigi y conmigo. ¿Me he explicado?

—Bastante bien.

—Pues ya lo sabes. Jean, vamos en busca de ese teléfono, para llamar a Martel. Y luego busca una maldita charcutería...

* * *

Todavía estaban degustando la caprichosa cena a base de emparedados diversos y cerveza, cuando apareció el coche. La cita se había concertado en el cruce de Avenue de Choisy con la Rué Tolbiac, entre la primera y la Avenue d'Italie, con vistas precisamente a salir luego inmediatamente de París por la Porte d'Italie, en dirección a Fontainebleau, pero desviándose al llegar a Melun para emprender la verdadera ruta de regreso a Luxemburgo.

Podía ser uno de los ya escasos coches que circulaban por allí, pero de sus faros brotaron un par de destellos, y Otto, que no perdía detalle, murmuró:

—Ahí lo tenemos. Todo va bien.

El coche recién llegado se detuvo en doble fila, y sus luces se

apagaron. Otto asintió con un gesto, y sin más, se apeó del «504», encaminándose directamente hacia el otro vehículo. Lo vieron pasar ante éste, y entrar en la parte delantera, sentándose junto al conductor, del que se distinguía apenas la silueta.

La permanencia de Otto dentro del otro coche no alcanzo ni siquiera el minuto. Antes de transcurrido ese tiempo, lo vieron salir. Se oyó el chasquido de la portezuela al cerrarse, y Otto, con caminar tranquilo, emprendió el regreso al «504».

Estaba casi en el centro de la calle cuando de pronto se oyó el chirriar de unos neumáticos, y unos faros se encendieron, iluminando de lleno a Otto. Este se detuvo en seco, y volvió la cabeza hacia el coche que apareció por detrás de la posición que ocupaba el del hombre llamado Martel.

—*Merde!* —exclamó Jean.

—¿Qué ocurre? —se sobresaltó Karina.

En el momento en que el coche se detenía, Otto echaba a correr hacia el «504» mientras el coche en el que había estado apenas un minuto comenzaba a moverse.

Del coche recién aparecido salieron rápidamente dos hombres, ambos del asiento delantero. Pese al chirriar de los neumáticos del coche del llamado Martel, los ocupantes del «504» oyeron la voz de uno de los hombres, en francés:

—¡Alto! ¡Deténgase o...!

Otto giró el torso, metiendo la mano izquierda bajo su axila derecha. Relució la pistola bajo las luces de la calle, y un fogonazo relució en la mano de Otto, diminuto. Los dos hombres se habían dejado caer de rodillas, y ambos habían sacado también sus armas.

Como Otto, dispararon con silenciador, ambos a la vez, y el grito de Otto resonó en la calle. Dentro del «504», Klaus Plumm fue el primero en reaccionar, visto que Otto ya no podría llegar por sí mismo al coche, pues mientras gritaba había girado un par de veces, para caer finalmente de bruces, perdiendo la pistola. En el momento en que Klaus Plumm se precipitaba fuera del coche hacia donde había caído la pistola de Otto, los dos hombres que habían abatido a éste dedicaban su atención al otro coche, y dispararon de nuevo ambos a la vez.

Se oyeron los estampidos de dos neumáticos, y el coche de Martel dio un par de sacudidas, patinó su parte de atrás, subió a la acera, patinó de nuevo allí, y finalmente fue a estrellarse, de costado, contra una de las farolas. El estrépito de la plancha metálica y cristales reventados ahogó el grito de uno de los que habían disparado contra el coche; el hombre intentó avisar a su compañero de la intención de Klaus Plumm, pero éste ya tenía en

la mano la pistola de Otto, y giraba en el suelo, disparando.

Plop, plop, plop, disparó rápidamente Klaus.

El hombre que gritaba convirtió sus gritos en un agudo chillido, alzó los brazos y saltó hacia atrás, deslizándose por el asfalto.

El otro estaba apuntando ahora a Klaus, que giró de nuevo sobre el suelo; donde una fracción de segundo antes había estado su cuerpo aparecieron las chispas arrancadas por las dos balas disparadas por el otro.

De nuevo tocó el turno a Klaus, inmovilizándose tras el último giro.

Unos treinta pasos más allá, el hombre que intentaba acertarle con sus disparos retrocedió como si acabase de recibir un puñetazo en el pecho. Dejó caer la pistola, y se llevó las manos al pecho...

Plop, plop, disparó de nuevo Klaus Plumm.

El hombre giró como una peonza, rebotó contra su coche, y cavó de espaldas al suelo, quedando inmóvil, y Luigi y Jean, que se disponían a disparar también contra él, desistieron de ello y corrieron hacia Otto.

—¡No! —gritó Klaus—. ¡Traed al otro, debe de estar herido! ¡Yo me encargo de Otto!

Hubo una breve vacilación en Jean y Luigi, pero debieron de comprender en el acto la lógica de la orden de Plumm, porque desviaron su marcha, corriendo hacia el coche estrellado lateralmente contra la farola. Klaus se metió la pistola de Otto en el cinturón, y corrió los pocos pasos que le separaban del «halcón» tendido en el suelo, lo alzó como si fuese una pluma, y corrió con él en brazos hacia el «504».

En alguna parte de la calle se oían voces, y algunas ventanas y balcones mostraban las siluetas de varias personas... Karina Verkova estaba todavía en el asiento de atrás, pero ya con las manos tendidas para ayudar a Klaus. Asió los pies de Otto y tiró de ellos, mientras Klaus empujaba el cuerpo hacia dentro del coche. Entre los dos colocaron a Otto tendido entre el asiento delantero y el trasero, paralelo a éstos y boca arriba.

—Ponte al volante —dijo Klaus.

—Sí.

Karina Verkova salió del coche, y ocupó el sitio del conductor, mientras Klaus se volvía hacia Jean y Luigi, que habían sacado del coche accidentado a su conductor, y con él en brazos corrían de regreso al «504»...

—¡Entrad atrás! —les gritó Klaus.

El pasó a sentarse junto a Karina, que había puesto el motor en marcha. Luigi y Jean llegaron junto al coche, Luigi entró tirando

de Martel mientras Jean lo empujaba, y los tres ocuparon el asiento posterior... Todavía estaban Luigi y Jean cerrando las portezuelas cuando Karina arrancó.

Klaus, vuelto hacia el asiento de atrás, preguntó:

—¿Está muerto?

—No —jadeó Luigi—. Creo que no. ¿Y Otto?

—No sé. Echadle un vistazo... ¡Pero no ahora, idiotas! Primero colocad bien a ese tipo junto a vosotros, como si no ocurriera nada.

Jean y Luigi acomodaron mejor a Martel entre ambos. Klaus vio las líneas de sangre en su rostro; y las hizo notar. Luigi sacó un pañuelo y comenzó a limpiar el rostro de Martel, que parecía un muñeco.

El coche, conducido con extraordinario sosiego por Karina Verkova, llegó a la Avenue d'Italie. Dentro del coche se oían los jadeos de Jean y Luigi, y sus rostros relucían por la transpiración.

—No salgas hacia Fontainebleau —dijo Klaus, mirando a la rusa—; gira en cuanto puedas hacia el Norte. Tomaremos otra ruta.

—Bien. Parece que no había más.

Karina miraba el retrovisor. Jean y Luigi respingaron, y volvieron la cabeza. No, no parecía que los dos sujetos desconocidos contasen con ninguna clase de apoyo...

—Debían de estar vigilando a ese Martel —gruñó Klaus—. ¿Qué es exactamente Martel?

—No tengo ni idea, pero ellos —movió Karina la cabeza hacia atrás— sí deben de saberlo.

—¿Y bien? —preguntó Klaus, volviéndose hacia Luigi y Jean.

—No es momento de explicaciones —gruñó Luigi—, Tenemos que encontrar un sitio donde detenernos, para ver qué pasa con Otto y con Martel.

—Ah, muy bien —asintió Klaus, sarcástico—. De modo que tenemos que encontrar un sitio donde detenernos, ¿eh? ¿Y qué más? ¿No querríais también encontraros un millón de dólares?

—Busca un sitio —gruñó Jean—. Alguno habrá fuera de París, junto a cualquier carretera, ¿no? Tenemos que ver cómo está Otto, y si es necesario conseguirle un médico.

—De acuerdo —asintió Klaus—. A ver cómo te las arreglas, soviética.

Finalmente, Karina Verkova detuvo el coche, paró el motor y apagó las luces. La tensión había ido en aumento dentro del «504»: Otto hacía casi diez minutos que había comenzado a gemir, y Martel había recuperado el conocimiento. De los dos, el que causó más problemas durante el corto viaje fue Martel, que aseguraba encontrarse bien y quería apearse a toda costa.

Por su parte, Otto gemía y gemía, pero eso era todo, no se enteraba absolutamente de nada, salvo de que algo le dolía; en realidad, estaba casi inconsciente.

Durante el viaje, Luigi había retirado de un bolsillo interior de la chaqueta de Otto un sobre, que pasó a uno de sus bolsillos, tras asegurarse de que no estaba manchado de sangre ni deteriorado en modo alguno.

Y precisamente a ese sobre debía de referirse el tal Martel cuando insistía una y otra vez en lo mismo:

—Ya tienen lo que vinieron a buscar... ¿Para qué tengo que continuar con ustedes? Estoy bien, me las arreglaré para llegar a casa.

Y esto fue lo que una vez más dijo cuando, tras detener Karina Verkova el coche, se hizo el silencio. Por las ventanillas de la derecha llegaba la luz de una cercana población, reflejándose en las pequeñas hojas de un grupo de encinas. Detrás de ellos había quedado la carretera comarcal por la que tan poco tránsito habían encontrado.

—Les digo que estoy bien, quiero volver... ¡Tengo que volver a París! —exigía ahora Martel.

Por primera vez, Luigi le siguió la conversación con algo más que negativas.

—¿Volver? Escuche usted, señor Martel: dos hombres en un coche le estaban siguiendo. ¿Sabe lo que significa eso?

—¡Nadie me seguía a mí! ¡Debían de estar siguiéndoles a ustedes...!

—No diga tonterías. Le seguían a usted, esperaron a que hiciese contacto, y en cuanto Otto salió de su coche fueron a por él. Seguramente no se dieron cuenta de que Otto salía de otro coche, o debieron creer que estaba solo, ¡yo qué sé! El caso es que le seguían a usted, y en cuanto supieron que había hecho el contacto, entraron en acción. ¡Le estaban vigilando!

—No... No. ¡A mí no!

—A usted sí. ¿Quiénes eran?

—¿Cómo voy a saberlo? —casi chilló Martel.

Karina y Klaus, vueltos hacia el asiento posterior, le miraban en

silencio, pero entonces Klaus intervino:

—Hablaron en francés, pero eso no significa nada. Estaban en París, así que hablaron en francés, pero lo mismo podían ser franceses que alemanes, rusos, americanos... Usted debería saberlo, señor Martel. Para ello sólo tiene que recordar a quién afecta lo que usted haya hecho. Es muy simple, ¿no?

—¡No es tan simple! —estalló Martel—. ¡Lo que he estado haciendo durante todo este tiempo afecta a todos por igual...!

—¿Cómo puede ser eso? —se interesó Karina—. ¿Qué es lo que usted ha estado haciendo?

—Escuchen —jadeó Martel—, yo he cumplido mi parte, ¿no es cierto? Tienen el sobre con el material, vayan a entregárselo al Director, y asunto terminado. ¡Ya he terminado, quiero volver a París!

—¿No se da usted cuenta? —gruñó Jean— de que el hecho de que dos hombres le siguieran significa que sean quienes sean hace tiempo que se han fijado en usted? Dejarle volver a París es tanto como ponerlo en manos de los compañeros de aquellos dos hombres.

—Sí —apoyó Luigi—. Y eso no nos interesa, señor Martel. En realidad, lo único que nos interesaba de usted era el material... que ya obra en nuestro poder. ¿Me comprende?

—No... No com-prendo...

—Claro que sí comprende —sonrió Luigi.

Dentro del coche sonó el apagado chasquido del disparo hecho con silenciador, y Martel dio un brinco en el asiento, emitiendo un ronco gemido; quedó un instante como envarado, muy abiertos los ojos. De súbito, se relajó y habría caído hacia delante, arrastrado por el peso de su cabeza, si Luigi no lo hubiera sujetado.

—Ayúdame a sacarlo del coche, Jean.

—Yo también os ayudaré —dijo Klaus, apeándose.

En realidad, su ayuda era innecesaria, ya que Jean sacó a Martel de un tirón sujetándolo por las axilas, y Luigi lo asió por los tobillos. Se metieron en el reducido bosquecillo de encinas, seguidos por Klaus Plumm.

—Vamos a dejarlo aquí mismo —gruñó Luigi—. Tardarán días en encontrarlo, quizá semanas.

—Deberíamos enterrarlo, para que nunca lo encontraran —dijo Jean.

—Es una molestia innecesaria, ya que lo tenían vigilado. Saben que ha estado haciendo algo, y buscaran sus conexiones... pero no encontrarán nada.

—Lo cual no habría sucedido si él hubiera ido este fin de

semana a «El Nido» —deslizó suavemente Klaus Plumm.

Jean y Luigi lo miraron. La iluminación allí era todo como una gran salpicadura de manchitas amarillas filtrándose por entre las encinas.

—Es verdad —masculló Jean—. ¡Menos mal que vinimos nosotros a París! Bueno, ya que no vamos a enterrarlo, vamos a quitarle la documentación, y así retrasaremos todo más tiempo. Aunque no importa: no debían de saber nada de «El Nido», o ya habrían hecho algo. ¡Maldita sea, me gustaría saber quiénes eran aquellos dos tipos!

—Lo vas a saber en seguida —dijo Klaus—, porque vas a ir a reunirte con ellos.

Plop.

La bala alcanzó a Jean en pleno corazón, empujándolo brutalmente, haciéndole dar un salto que sacudió sus brazos y piernas...

La exclamación de Luigi quedó ahogada por el siguiente disparo, que envió una bala a su frente, que crujió con escalofriante sonido.

Fue como si desde atrás tiraran de Luigi con una cuerda sujeta a su cuello, derribándolo de espaldas.

Klaus Plumm se metió de nuevo la pistola de Otto en el cinturón, se acercó a Luigi y acuclillándose a su lado, le quitó del bolsillo el sobre que Martel había entregado a Otto en París.

Luego, sin más, tranquilamente, regresó al coche, se sentó junto a Karina Verkova y dijo:

—A Otto lo conservaremos, porque será una prueba de nuestra buena voluntad cuando regresemos a «El Nido».

—Si su herida es seria, no podremos cruzar la frontera con él en bastantes días.

—Ya lo arreglaremos. Déjame en la entrada de ese pueblo —señaló con el pulgar hacia la derecha—, y conseguiré vendas y demás para atenderle. Creo que no es grave, pero tiene la bala dentro, y eso empeora su estado. Estará mejor cuando se la extraigamos.

—Nos sorprendieron con lo de Martel. Ni tú ni yo esperábamos que lo mataran dentro del coche. Mala suerte.

—Para Martel. Espera un momento.

Salió del coche, y regresó apenas un minuto más tarde, con una billetera en la mano.

—¿Nos vamos ya? —preguntó Karina.

—Sí. Había olvidado esto. Vamos a ver —abrió la billetera y encendió la luz dentro del coche—. Hipolit Martel, nacido en París el doce de noviembre de mil novecientos veinticuatro,

domiciliado en Boulevard Saint Michel... Diplomático. Era diplomático.

Karina estaba maniobrando para volver con el coche a la carretera. Klaus se guardó la billetera de Martel, sacó el sobre y lo miró especulativamente.

—Si lo abrimos, el Director lo sabrá.

—¿Qué clase de sobre es? ¿Tiene algo especial?

Klaus Plumm alzó las cejas con gesto divertido y acabó por sonreír ceñudamente.

—No —dijo—. Es un sobre corriente, al parecer. Conseguiré uno parecido esta misma noche o mañana.

—Quizá tenga alguna contraseña determinada que haga comprender al Director que no es el mismo sobre, y entonces...

—Entonces, peor para él. Estoy aburrido de este juego. No me gusta perder tanto tiempo en un trabajo.

—A mí tampoco —sonrió Karina Verkova—. Bueno, ¿qué hay en el sobre?

Klaus Plumm So rasgó, y sacó unas cuantas cuartillas mecanografiadas. Estaban ya en la carretera, cerca del pueblo, en cuyo nombre ni se habían fijado.

Karina detuvo el coche y se inclinó hacia Plumm para ver también las páginas escritas a la luz del interior del vehículo.

Se miraron a los pocos segundos, impávidos.

—Nombres y direcciones —dijo Klaus—. De toda Europa, prácticamente.

—De Rusia, no —dijo Karina.

—No, de Rusia, no. Pero sí del resto de Europa; belgas, alemanes, franceses, británicos, italianos, españoles, holandeses...

—¿Crees que pueden ser nombres de agentes secretos?

—Me parece que no... Conozco a este holandés, y a este italiano... y a este otro italiano, y a este alemán. Todos ellos son diplomáticos de alto nivel.

—Como Hipolit Martel.

—Sí. Al parecer, todos estos nombres corresponden a diplomáticos de alto nivel.

—Parece lógico: si unos lo son, deben de serlo también los demás, ¿Te digo lo que pienso?

—¿Podría impedirlo?

—No —rió quedamente Karina—. Estoy pensando que esos diplomáticos de alto nivel son los pichones a quienes el Director de «El Nido» piensa enviarles mis chicas cariñosas en cuanto estén preparadas. Las pondrá en su camino, ellas se arreglarán para intimar con ellos, se convertirán en sus amantes, quizá alguna en esposa. Ya sabes.

—Ese es un truco muy viejo —gruñó Klaus Plumm—, Lo de meter una chica bonita en la cama de alguien importante está muy visto. Y hasta desfasado.

—Bueno, pues dime tú para qué quiere el Director esas chicas expertas en amor y en manejar hombres, y dime para qué quiere esa lista de diplomáticos susceptibles de ser manejados. Para mí está claro que Hipolit Martel ha estado reuniendo esa lista durante bastante tiempo. Ha utilizado su condición de diplomático para sondear a la diplomacia europea en general en sus contactos oficiales y personales. Para mí esa lista es de candidatos al amor de las chicas de «El Nido».

Klaus Plumm frunció el ceño, y pasó algunas páginas, muy pensativo.

—Estados Unidos —dijo—. También hay direcciones de Estados Unidos.

—Insisto en lo mismo —dijo Karina.

—Esa modalidad del espionaje está superada. Claro que siempre quedan sujetos que harían cualquier tontería por una chica bonita. Sí, puede que sea eso, Pero, ¿que buscan? ¿Qué espera el director conseguir de todos estos hombres, que información espera que sus pajaritos obtengan para él?

—Con eso ya no me atrevo. Tiene que ser algo que afecte a Europa y Estados Unidos, pero sea lo que sea, es a largo plazo. No tiene prisa. ¿Se te ocurre algo?

—De momento, no. Acércame un poco más al pueblo. Espero poder arreglarlo todo para volver a «El Nido». Y desde luego, si Otto nos complica la vida, lo quitaremos de en medio.

—¡Qué malo eres, Klaus! —sonrió Karina Verkova.

* * *

—Eres un buen compañero —murmuró Otto—. Siempre te estaré agradecido, Klaus.

—No le des tanta importancia —gruñó Klaus—. Además, en principio no lo he hecho por ti, sino por mí. Si no te llevase vivo a «El Nido», correría el riesgo de que el Director no creyera mi versión de lo ocurrido en París.

—De todos modos —sonrió Otto—, te debo la vida. Y por otra parte, te habría bastado el apoyo de la rusa, ¿es así? Ella también te vio con Gobels. Gracias, Klaus.

Este encogió los hombros, con gesto huraño.

—Bueno, vamos a dejar eso. Si todo va bien, esta misma tarde estaremos en «El Nido», y eso es lo que importa.

Otto asintió, y miró hacia la cercana población.

—Karina está tardando mucho —musitó.

—No te preocupes por ella —sonrió secamente Plumm—: sabe desenvolverse muy bien. Ya no tardará mucho.

De nuevo asintió Otto y quedó pensativo, tras una última mirada a Klaus Plumm, sentado éste ante el volante del «504». Otto estaba en el asiento de atrás, apoltronado. Se sentía débil, pero estaba seguro de que podría seguir adelante con el plan que le habían expuesto la Verkova y Klaus Plumm.

La noche anterior, a hora ya muy avanzada, lo habían curado dentro del coche. El no sabía ni siquiera lo que sucedía, y sólo por la mañana, cuando recobró la plena lucidez, pudo escuchar la explicación de Klaus

Plumm: le habían desnudado, le habían curado la herida tras retirarle la bala, e incluso le habían inyectado antibiótico para preservarle de posibles complicaciones infecciosas. Muy temprano, Klaus había entrado en una población, en la que compró ropa nueva para él, pues las suyas habían quedado inservibles, manchadas de sangre.

Tras el cambio de ropas, habían desayunado, él desganadamente, la rusa y el alemán Klaus con frugal apetito, pero animosos. Y ahora, cerca de otra población más cercana a la frontera con Luxemburgo, él y Klaus estaban esperando que la Verkova regresara de hacer unas compras «muy importantes». Si todo salía bien, estarían en «El Nido» cuando aún no se habrían cumplido veinticuatro horas del contratiempo sufrido en París...

—Ahí viene —dijo Klaus.

Otto alzó la cabeza y vio a Karina Verkova regresando de la población, portando un paquete. La rusa llegó, se metió en el coche junto a Otto, y Klaus encendió el motor, preguntando:

—¿Todo normal?

—Sí. Busquemos un sitio adecuado. Allí comeremos algo y arreglaremos a Otto.

—¿Qué quiere decir? —preguntó débilmente Otto.

—Ya lo verá —le sonrió la bella Karina.

Eran casi las cinco de la tarde cuando Otto despertó de una siesta que era más bien sopor debido a la herida. Estaban en un lugar solitario, siempre dentro del coche. Durante unos segundos, Otto permaneció como atontado, sin recordar nada. De pronto, lo recordó todo: su herida, las muertes de Martel. Luigi y Jean a manos de aquellos dos tipos tal como se las había explicado Klaus, la fuga...

—¿Cómo va eso? —oyó.

Volvió la cabeza. Karina Verkova estaba a su lado, mirándole sonriente.

—Bien —murmuró Otto—. Bien.

—Estupendo. Entonces, vamos a ponerle muy guapo.

—¿Qué?

Se quedó mirando lo que la rusa tenía en las manos, sin comprender. Klaus, vuelto en el asiento, se lo explicó:

—Entraremos en Luxemburgo cuando esté anocheciendo, entre dos luces. Karina va a maquillarte ahora, Otto, para disimular tu palidez. Tendrás muy buen aspecto, ya verás. Y ahora, recuerda bien esto: cuando estemos en la frontera, si nos paran para preguntarnos algo, tú no dirás nada, no abrirás la boca salvo que sea absolutamente necesario. Permanecerás ahí sentado, tranquilo, con gesto amable. Eso será todo lo que tendrás que hacer. ¿De acuerdo?

Otto miró a una y a otra, y acabó por sonreír.

—De acuerdo —asintió—. ¡Estoy seguro de que saldrá bien!

A las ocho menos cuarto de la noche el «504» había cruzado sin contratiempo alguno la frontera franco- luxemburguesa y circulaba ya en dirección a «El Nido».

CAPÍTULO VII

—Ha sido un buen trabajo —elogió el Director, sentado tras su mesa, en el despacho—. Lástima lo de Luigi y Jean.

—Y lo de Martel —puntualizó Klaus Plumm.

—Lo de Hipolit Martel me tiene sin cuidado, pues ya había cumplido su parte. ¿Seguro que los enterrasteis bien a los tres?

—Seguro —asintió Klaus—. No hay cuidado,

—¿Qué contiene el sobre? —preguntó Karina.

Estaba en las manos del Director, que lo miró, le dio un par de vueltas y miró sonriente a Karina.

—Ocupémonos cada uno de nuestro trabajo, señorita Verkova, si le parece bien.

—Desde luego. Siento haber mostrado curiosidad. Estoy muy cansada... ¿Me necesita para algo más?

—No. Ni a ti tampoco, Klaus. Lo mejor que podéis hacer es cenar y retiraros a descansar.

—¿Juntos ella y yo? —sonrió Plumm.

—Pregúntaselo a la señorita Verkova, no a mí.

—No tengo ganas de tonterías —dijo Karina—. Buenas noches.

Salió del despacho.

Segundos después lo hizo Klaus Plumm. Y diez minutos más tarde, tras haber examinado el contenido del sobre y guardarlo luego en la caja fuerte empotrada en la pared, el Director abandonó el despacho.

En el vestíbulo encontró a uno de sus hombres.

—¿Dónde están Plumm y la rusa? —le preguntó.

—En la cocina, cenando.

—Bien.

El Director subió al piso destinado a dormitorios, y entró en el que había sido instalado Otto, y que ahora compartía con Klaus Plumm. Otto se quedó mirándolo desde la cama, mientras el Director acercaba una silla y se sentaba a su lado.

—Has estado de suerte, Otto.

—No estaría aquí si no hubiera sido por Klaus y la rusa.

—Bueno, lo cierto es que estás aquí. ¿Podrías sostener una conversación?

—Sí... claro.

—Estupendo. Me gustaría escuchar tu versión de lo sucedido. Ya me han explicado todo la Verkova y Plumm, pero tú quisiera que me explicaras lo que viste, lo que sabes *por ti mismo*. ¿Lo entiendes?

—¿No confía en Aimée y Klaus? —dijo atónito el herido—. Yo creo que no lo han podido hacer mejor. Y si no estuvieran de

nuestra parte, ¿para qué volver aquí? Lo tenían todo: el material de Martel, a mí, sabían dónde está «El Nido», le conocen a usted... —Sólo quiero tu versión —sonrió el Director—. Y te diré por qué. Yo tengo que dar explicaciones a otras personas, y no quiero dejar cabos sueltos. Cuantas más personas expliquen cosas, más datos se tienen. Claro que si no estás en condiciones de hablar, lo dejamos para mañana.

—No, puedo explicárselo ahora.

Lo hizo sin que el Director le interrumpiera ni una sola vez. Cuando terminó su explicación, Otto preguntó:

—¿Concuerda todo con lo de Klaus?

—Naturalmente. Creo que será mejor que te pongamos en una habitación aparte, Otto. Además, voy a pedir que te manden una enfermera, para que pase la noche contigo por si algo fuera mal.

—¡Pero una enfermera...!

—No te preocupes, hombre. Será de la organización, naturalmente. Ahora descansa tranquilo. Me las arreglaré para conseguir una prima especial para ti.

—¿Y para Klaus? ¿También para él?

—Por supuesto.

—Es un gran tipo —sonrió Otto—. Me equivoqué con él.

—Todos podemos equivocarnos —sonrió el Director.

Le dio una palmadita en una mano; se puso en pie, y abandonó el dormitorio, regresando de nuevo al despacho.

Cerró éste con llave por dentro, fue a uno de los cuerpos de la librería, simplemente tiró de él, dejando visible el hueco en el que estaba una pequeña emisora, ante la cual se sentó.

Cambió la frecuencia cuidadosamente, y procedió a efectuar contacto, conseguido el cual, dijo:

—Director solicita consulta analítica con Supremo. Asunto: contratiempos de París y explicación de los mismos por parte de Klaus Plumm.

* * *

Klaus Plumm estaba ya dormido, pero sonó en el amplio dormitorio el leve chasquido del pestillo de la puerta, y en el acto sus oscuros ojos se abrieron.

Se quedó inmóvil, escuchando, y oyó el roce de unos pies desnudos en el suelo, apenas la puerta se abrió.

Fue cerrada rápidamente, dejando de nuevo el dormitorio a oscuras. Klaus Plumm estuvo a punto de preguntar: «¿eres tú?»,

pero sabía ya que no, que no podía ser Karina Verkova quien había entrado en el dormitorio.

No era tan estúpida.

—Klaus... —oyó el susurro—. Klaus, somos nosotras.

El se sentó en la cama, con falso gesto de sobresalto, y su mano derecha buscó y accionó el interruptor de la luz. Oyó las exclamaciones de las chinitas y se quedó mirándolas como si estuviese dormido o poco menos.

—¿Qué pasa? —gruñó.

Una de las chinitas corrió silenciosamente hacia la ventana que estaba abierta. La cerró y se volvió hacia Klaus, que la miraba desconcertado e irritado.

—Es mejor que no se vea la luz desde fuera —dijo la chinita—. ¡Será una celebración secreta!

La otra chinita rió quedamente. Klaus la miró.

Ella tenía en la mano una botella de champaña, y en las caderas unas braguitas negras con graciosos encajes. Eso era todo. La otra, que se acercaba a la cama sonriendo, también estaba desnuda a excepción de las braguitas de color rojo.

Sus delicados cuerpos con tono de porcelana eran preciosos, extraordinariamente esbeltos, pero bien maleadas las curvas de las caderas y de los menudos y enhiestos pechitos. Eran Grulla y Golondrina.

La primera ya estaba junto a la cama, y la segunda se acercaba, despacio, ondulando el cuerpo graciosamente, provocando una vibración en los pechitos rematados por llamativos pezones...

—¿Qué demonios significa esto? —masculló Klaus.

Grulla se sentó en la cama sonriendo.

—Nos hemos enterado de que Otto ha sido trasladado a otra habitación, y que están esperando a una enfermera para que lo cuide toda la noche... y hemos pensado aprovechar la ocasión para celebrarlo.

—¿Celebrar... qué?

—Lo guapo y valiente que eres —rió suavemente Golondrina encaramándose en la cama.

Klaus, que se hallaba desnudo bajo la sábana, que lo cubría sólo de cintura para abajo, miró de nuevo a una y a otra. Luego miró su reloj de pulsera. Eran las doce y veinte.

—No tengo ganas de bromas a estas horas —gruñó—. ¡Dejadme tranquilo!

—¡Oh, Klaus, no seas malo! —protestó Grulla—. Ella nos va a poner una puntuación baja si no lo conseguimos. Me refiero a Aimée.

—Mira, nosotras estamos trabajando —rió Golondrina,

arrodillada a sus pies—, Pero tú puedes pasarlo bien.

—Os advierto que no entiendo nada.

—Aimée nos ha dicho que teníamos que pasar la prueba del hombre cansado y adormilado, o sea conseguir que reacciones sea como sea, y luego poseerte las dos.

—Klaus, no nos hagas quedar mal en la primera prueba que Aimée nos exige.

—Yo he robado una botella de champaña de la cocina —rió Golondrina, tirándola a las manos de Klaus—. ¡Descórchala!

—No tengo ganas de juerga —gruñó Klaus—. Estoy muy cansado.

—¡Pero se trata de eso precisamente! Tenemos que demostrar que somos capaces de... estimular a cualquier hombre que no tenga ganas de juerga... ¡Oh, vamos, sé amable, Klaus! ¿Acaso nosotras te gustamos menos que Aimée?

Una vez más, Klaus miró a una y a otra chinita. Luego, se quedó mirando la botella de champaña, con el ceño fruncido.

Tenía la absoluta certeza de que Karina Verkova no había enviado a las dos chinitas a su dormitorio a... reanimarlo.

Entonces, ¿quién? La respuesta sólo podía ser una: si ellas estaban mintiendo, solo podía ser por orden del Director.

Habían querido hacerlo demasiado bien, al decir que era una asignatura impuesta por Aimée.

Si hubiesen dicho que era un capricho de ellas, Klaus quizá no hubiese desconfiado. Pero ahora, teniendo la certeza de que no era una asignatura impuesta por Aimée, sabía que sólo podía ser una orden del Director.

¿Por qué? ¿Qué pretendía el Director al enviarle a las dos chinitas con una botella de champaña?

Aparentemente, sólo podía tratarse de que el Director no había quedado conforme con la explicación de los hechos de París, así que enviaba a Grulla y Golondrina para beber con él, darle placer... y sonsacarle.

Y él tenía que seguir el juego, tenía que simular que creía perfectamente que Aimée les hubiera impuesto aquella asignatura, porque si demostraba que *sabía* que Aimée no había sido, dejaría bien claro que sabía más cosas de Aimée de las que todos creían. Incluso podría quedar evidente la compenetración entre él y Aimée...

Así que, de pronto, Klaus Plumm sonrió, y miró vivamente a las chinitas. Todo lo que tenía que hacer era seguir el juego, y de este modo ni él ni Karina Verkova quedarían en evidencia.

—Esa puta rusa —movió la cabeza—. ¡Ya son ganas de fastidiar a la gente! Pero, en fin, a nadie le amarga un dulce. Aunque hay

algo que no me gusta de todo esto.

—¿Qué es?

—Eso de que las dos tenéis que *poseerme*. No será al revés, no habréis querido decir que soy yo quien tiene que poseeros a las dos.

—¿Cuál es la diferencia? —rió Golondrina—. Anda, descorcha la botella... sin que se oiga el taponazo.

Esto no representó ninguna dificultad para Klaus, que apenas retirado el corcho, bebió un buen trago de champaña observado por las sonrientes chinitas que parecían niñas en un juego maravilloso.

El champaña no sabía más que a champaña, por ahí no había truco. Y tuvo la absoluta certeza cuando Grulla le quitó la botella y bebió un trago largo, de modo que el champaña le cayó por los lados de la boca, se deslizó por la barbilla y el cuello y acto seguido por los pechos...

Grulla pasó la botella a Golondrina, que rió. Klaus tumbó a Grulla junto a él, diciendo que era una lástima desperdiciar el champaña, y pasó la lengua por el cuerpo de Grulla, recogiendo el fresco líquido.

—Klaus —dijo Golondrina, excitada—, ¡Klaus, a mí también, a mí también!

Se había sentado y echó un chorro de champaña sobre sus muslos. Klaus saltó hacia ella.

Durante unos minutos estuvieron jugando, riendo, las chinitas con sofocadas carcajadas ante las embestidas de Klaus, bebiendo los tres y llenándose de champaña hasta que éste se terminó.

Klaus puso la botella boca abajo, y cuando sólo cayeron unas gotitas sobre la cama, masculló irritado:

—¡Vaya...! ¿Qué hacemos ahora?

—¡Oh. Klaus, qué pregunta! —le amonestó Grulla, tendiéndose boca arriba en el centro de la cama y alargando los brazos hacia él—. Ven conmigo y te enseñaré lo que se puede hacer.

En un momento Klaus estuvo tentado de echarlo todo a rodar y salir en busca de Aimée. Pero... ¿y si todo lo que estaba sucediendo era lo que había pensado, una simple prueba por parte del Director? Si no seguía el juego de las chinitas, la cosa se podía poner de pronto muy mal. De modo que tendió la botella vacía a Golondrina y dijo, guiñando un ojo:

—Toma, entretente con esto hasta que te llegue el turno, pajarito chino.

Ni por un momento se le ocurrió que fuesen a golpearlo con la botella. ¡Qué tontería! Habría sido burdo y absurdo. Lo que seguramente harían sería «poseerlo» las dos, y decir luego que

iban a por más champaña... algo así.

—Eres muy malo —dijo Grulla, acogiéndolo entre sus brazos—. ¿Qué quieres que haga Golondrina con una botella?

—Algo se le ocurrirá —murmuró Klaus.

La propia Grulla le condujo hábilmente y acto seguido se abrazó a él y empezó a ronronear. O a piar, que era más propio de un pajarito.

—Oh, sí, qué... bien... Nada más empezar y ya me... me gusta muchísimo...

Las piernas de Grulla rodearon las de Klaus, y los finos bracitos se apretaron fuertemente a la espalda masculina. Klaus Plumm había decidido ya definitivamente seguir el juego, y eso estaba haciendo, cumpliendo su cometido masculino, cuando de pronto *supo* mucho antes de lo que él podría haber pensado que el juego iba a terminar.

Justo en ese momento sintió el pinchazo en la espalda.

No el absurdo golpe en la cabeza con la botella, sino el pinchazo en la espalda. Lanzó una exclamación y todo su inevitable placer inicial se esfumó en el acto. Intentó separarse de Grulla, pero las piernas y los brazos de ésta lo sujetaron con gran fuerza.

Grulla había dejado de emitir grititos de placer y ahora jadeaba por el esfuerzo que significaba retener a un hombre de la potencia física de Klaus Plumm.

Potencia física que tardó pocos segundos en quedar patente. Con furiosa rudeza, Klaus se desprendió del abrazo de pulpo de Grulla, y se revolvió hacia Golondrina, colocándose de rodillas en el lecho.

La vio también de rodillas ante él, pero sólo un instante. No tuvo tiempo de acercar sus manos a la delicada garganta de la chinita, porque su cabeza dio mil vueltas en una fracción de segundo. Cayó de lado, rebotó en la cama y saltó de ésta rebotando por el suelo.

Inmediatamente, se puso en pie. Su mente todavía funcionaba, sus ojos todavía veían... La pistola. Había conseguido quedarse con la pistola de Otto, y la había colocado bajo el colchón... ¡pero al otro lado de la cama!

Sin emitir un solo sonido, Klaus Plumm caminó hacia la cama, dispuesto a dejarse caer de bruces sobre ésta, cruzado, para poder llegar así a la pistola. Cayó de bruces en la cama, en efecto, pero de nuevo le dio vueltas la cabeza. Sentía como si estuviese cayendo hacia un negrísimo y profundísimo pozo, describiendo una interminable espiral.

Golondrina le había clavado una aguja inyectable, le había

drogado. Sabía esto todavía, allá en lo más hondo de su mente. Aún consiguió recuperar la visión y una cierta lucidez. Estaba sobre la cama y notaba un peso en la espalda.

Frente a él, de pie junto a la cama, estaba Golondrina, ahora sosteniendo la pistola de Otto en una mano y la jeringuilla en la otra. No vio a Grulla, y de pronto comprendió que la tenía sobre su espalda inmovilizándolo.

Como si llegase desde la Luna, oyó la voz de Golondrina:

—Es increíble... ¡Nunca vi a nadie con tanta resistencia! Pero ya tengo la pistola de Otto, no le molestes.

Dejó de sentir el peso en la espalda, y entonces se deslizó hacia Golondrina, tendiendo las manos hacia ella, intentando farfullar una amenaza. Golondrina no se movió. Los dedos de Klaus asieron el borde de las braguitas, y tiraron de ellas, arrancándolas, dejando visible el peludo triángulo.

Eso fue lo último que vio.

De nuevo la cabeza le dio vueltas velocísimas, de nuevo aquella sensación de descender en espiral hacia el negrísimo y profundísimo pozo.

Esta vez no salió de él.

Quedó tendido en la cama como muerto.

—Voy a avisar al Director de que ya lo tenemos preparado.

—No, deja, yo iré —sonrió divertida Golondrina—: Creo que nunca me ha visto desnuda. Me gustará ver la cara que pone.

Rieron las dos, de un modo que habría escalofriado al propio Klaus Plumm si hubiera podido oírlas.

Golondrina se dirigió hacia la puerta, la abrió, dio un paso fuera del dormitorio...

Sólo uno. Se detuvo en seco, y se quedó mirando con visible sobresalto a Karina Verkova, que estaba ante ella, ataviada con un precioso pijama azul comprado como modelo exclusivo en París.

CAPITULO VIII

Velocísimamente la mirada de Karina Verkova fue hacia el lecho, donde yacía Klaus Plumm, y regresó al rostro de Golondrina, que empezó a reaccionar alzando la pistola de Otto.

Posiblemente fue la expresión de Karina Verkova lo que impidió que la bella chinita reaccionase con la suficiente rapidez y coordinación. Una expresión, por parte de la rusa, que llevó un estremecimiento a todo el cuerpo de Golondrina.

No llegó a alzar del todo la pistola. Karina Verkova adelantó su mano izquierda, asió la muñeca de Golondrina, y empujó hacia afuera, separando el brazo del cuerpo de modo que si una bala era disparada, no la alcanzase a ella.

Pero ni siquiera de eso tuvo la menor oportunidad Golondrina, porque al mismo tiempo que Karina sujetaba su muñeca, daba un paso al frente.

Un paso muy especial, alzando mucho la rodilla derecha, que fue a impactar con fuerza escalofriante en el pubis de la china.

El rostro de esta se demudó mientras saltaba hacia atrás... dejando la pistola en la mano izquierda de la rusa, que inmediatamente la empuñó adecuadamente y apuntó a Grulla.

Y lo hizo con tal decisión y firmeza que Grulla quedó inmóvil, muy abiertos los ojos. Karina Verkova entró en el dormitorio, cerrando la puerta tras ella. Se acercó a Golondrina, que todavía se agitaba entre gemidos de dolor, y la golpeó con el pie en un lado del cuello. Golondrina perdió el conocimiento. Grulla, que había iniciado un movimiento, quedó de nuevo inmóvil cuando la mirada de Karina regresó a ella.

—¿Quieres que te mate? —susurró la rusa.

Grulla no se molestó en contestar. Parecía ahora una bella estatua. La falsa Aimée Devreux se acercó a ella, y con un gesto que no admitía duda ni réplicas, le ordenó que se volviese de espaldas.

Grulla tuvo un instante de titubeo; pero en seguida se apresuró a obedecer, porque también ella, viendo de cerca los azules ojos de Karina Verkova, sintió un escalofrío.

Pero su escalofrío cedió pronto, apenas había terminado de volverse y ya la mano derecha de Karina le golpeaba con el borde exterior en la nuca, sin excesiva fuerza. Grulla puso los ojos en blanco y se desplomó al suelo, quedando inmóvil.

Karina dejó la pistola sobre la cama, dio la vuelta sobre ésta a Klaus Plumm, dejándolo boca arriba y le alzó un párpado. La pupila de Klaus se dilató en el acto. Karina lanzó un contenido

suspiro, y pareció que súbitamente el color teñía su rostro, del cual desapareció la tensión. Pero se aseguró de que Klaus estaba vivo poniéndole las yemas de dos dedos en una carótida.

De pronto, sonrió.

—Espero que al menos te hayas divertido, mi amor —susurró.

Regresó junto a Golondrina y recogió del suelo la jeringuilla que ésta había utilizado. Estuvo unos segundos mirándola, preguntándose qué clase de droga habría inyectado a Klaus, buscando mentalmente algún posible medio para que éste se recuperase rápidamente.

Todavía quedaban unas gotitas de líquido en la jeringuilla, y Karina los expelió sobre la palma de su mano izquierda, oliendo luego.

Acabó por mover negativamente la cabeza. No tenía ni idea de qué droga se trataba... excepto de que, por fortuna para todos, no era mortal...

Para todos, sí, porque si él hubiera sido asesinado, ella habría convertido «El Nido» en «El cementerio».

La mente de Karina Verkova trabajaba con rapidez.

Si las chinitas habían hecho aquello era indudablemente por orden del Director, de modo que éste debía de estar esperando noticias, es decir, que no se había acostado. No podía, pues, cargarse a Klaus en un hombro para intentar sacarlo de la casa o esconderlo en alguna parte de ésta donde ella pudiera hacerse fuerte con la pistola de Otto hasta que Klaus se recuperase. Aunque... ¿cuánto tardaría? ¿Cuánto tiempo estaría el Director esperando noticias?

No, no podía sacarlo por la puerta. Ni dejarlo allí. Así que tomó rápidamente una decisión. Agarró una sábana, la rasgó en dos tiras y retorció una de ellas, formando una sólida cuerda, que pasó alrededor del torso de Klaus, bajo las axilas; acto seguido, hizo un nudo. Retorció también la otra tira y anudó un extremo al círculo de sábanas que había atado al torso de Klaus.

Pero, para descolgarlo por la ventana, todavía necesitaba más longitud de cuerda, de modo que dividió en dos mitades la otra sábana, retorció una mitad, y anudó un extremo al extremo libre de la anterior...

La puerta se abrió de pronto, silenciosamente.

Pero el oído de Karina Verkova debía de ser finísimo, porque se volvió en el acto hacia la puerta, mientras, soltando las sábanas, llevaba su mano derecha hacia el punto de la cama donde había dejado la pistola.

Se quedó inmóvil, sin embargo, pese a que sus dedos tocaron el arma.

Tres hombres habían entrado rápidamente en el dormitorio, y cada

uno de ellos la apuntaba con una pistola provista de silenciador.

Aún estaba inmóvil Karina Verkova cuando entró el Director.

—Ah, señorita Verkova —sonrió siniestramente el Director—. ¿Todavía despierta a estas horas?

Karina ni siquiera parpadeó. Tras mirar al Director, de nuevo miró las tres armas que le apuntaban. Luego, lentamente, retiró la mano que tocaba la pistola de Otto.

El Director volvió a sonreír, mientras se inclinaba sobre Golondrina, cuyo pecho auscultó. Luego, hizo lo mismo con Grulla, y pareció igualmente tranquilizado. Se irguió y miró a la inmóvil Karina.

—No ha debido intervenir, señorita Verkova. Aunque habría sido lo mismo: lógicamente, si Klaus Plumm ha mentido, usted debía de estar de acuerdo con él. Entre los dos engañaron a Otto. ¿No es cierto? No puede ser de otro modo.

—¿No le gustó nuestra historia? —preguntó la rusa.

—Habría sido más convincente si Otto hubiera podido confirmarlo todo. Pero resultó, después de escuchar atentamente la versión de Otto, que éste no podía corroborar las explicaciones que a ustedes les convenían. En realidad, el pobre Otto no se enteró de nada y ustedes lo manejaron como quisieron. ¿Cierto?

—¿Qué clase de droga le han inyectado a Klaus?

—No se preocupe, nada peligroso. En realidad, antes de un par de horas, quizá antes de una, ya que sólo depende de su fortaleza física, Plumm recobrará el sentido. Sólo que antes pasará por un... proceso de vigilia caracterizado por una absoluta nulidad mental. No sé si me comprende.

—Querían interrogarlo tras someterlo a los efectos de la droga, que debe de ser algún compuesto de pentotal sódico, e incluso algo más moderno, más sofisticado.

—En efecto. Queríamos que nos explicase de nuevo la historia de París, pero con garantías de que no podría mentir. Si la historia que contaba era diferente a la anterior, yo habría sabido no sólo que los dos me habían mentido, sino que lógicamente eran... ¿cómo decirlo? ¿Amigos, compañeros, amantes, cómplices...?

—Klaus y yo somos todo eso y más.

—Tengo la impresión de que significan mucho el uno para el otro. Lo que me hace comprender que cuando pasaron juntos aquella alegre mañana de sexo debieron de disfrutar mucho no sólo del sexo, sino riéndose de mí.

—Nunca nos reímos de nadie. Simplemente, hacemos nuestro trabajo.

—¿Qué trabajo? ¿Quiénes son ustedes? Y pregunto esto último

porque estoy empezando a temer que usted no es Karina Verkova. Le sugiero que conteste a mis preguntas si no quiere ver cómo Hans, René y John disparan contra la cabeza de Plumm. Repetiré la pregunta: ¿quiénes son realmente ustedes?

—Yo soy Katia Fedorovna, y él es Nikolai Boltov, ambos de los servicios secretos rusos para misiones en el exterior.

El Director se iba poniendo pálido por momentos.

—Entonces... ¿la verdadera Karina Verkova?

—Nunca salió de Rusia. La camarada Verkova informó de las ofertas que estaba recibiendo por parte de Albert Gobels, y nuestros servicios de seguridad se encargaron de él. ¿Sabía usted que Gobels tiene madre y dos hijos en cierta pequeña ciudad de la Alemania del Este?

—No. ¡No lo sabía!

—Nosotros sí lo sabíamos —dijo fríamente Katia Fedorovna—. Albert Gobels recibió una visita que le hizo ver la conveniencia de cambiar de juego, en favor nuestro. Nos confesó que tenía que sacar de Rusia a Karina Verkova, llevarla a París y allí, en determinada clínica, someterla a una operación de cirugía plástica, a fin de que, ya sin miedo a ser localizada e identificada, Karina Verkova pudiera hacerse cargo de una... pequeña Escuela del Amor privada. Comprendimos que esto era todo lo que sabía, y estudiamos dos alternativas. Una: invadir este lugar. Dos: entrar en él con guante blanco para introducirnos en la organización y saber qué están tramando ustedes. Nos quedamos con la segunda alternativa, y mientras Klaus se ocupaba de preparar su intervención en la estación de Luxemburgo, yo ocupé el lugar de Karina Verkova... Pero con ligeras variantes. Mi rostro no fue tocado, y Gobels siguió el juego bajo nuestra presión. Estuvimos en una clínica por si nos vigilaban ustedes, luego varios días en París, y finalmente preparamos el «accidente» de Gobels, garantizándole que en el hospital estaría a salvo, ya que tenemos amigos en él. Gobels siguió el juego en todo momento, incluso cuando fuimos a verlo con Otto, naturalmente. Su recompensa será la libertad y las vidas de su madre y sus dos hijos.

—¡Ninguno de ustedes quedará con vida! —jadeó el Director."

—No sea estúpido. ¿Cree usted que Klaus Plumm estuvo tocándose las narices mientras yo perdía el tiempo en París? El llegó hace tiempo a Luxemburgo, rondó «El Nido», estudió su ubicación y posibles defensas... y finalmente llamó a un grupo especial de compañeros.

—¿Qué quiere decir? —jadeó el Director.

—Es usted un pobre diablo. ¿No comprende que desde hace

tiempo «El Nido» está bajo control? Un grupo de agentes especiales de la M.V.D. lo tienen rodeado, esperando el momento de entrar... pese a quien pese.

El Director estaba ahora lívido. Lo había comprendido todo, por fin. O casi todo. Martel muerto, Luigi y Jean eliminados por Karina y Klaus, Otto engañado para engañarlo a él...

—¿Y los hombres que los atacaron en París? —susurró—. ¡Esos sí existieron realmente!

—Sí. Posiblemente, eran del servicio secreto francés, que estaban intrigados por las actividades desusadas de Hipolit Martel en busca de contactos con diplomáticos de alto nivel de toda Europa y de los Estados Unidos.

—¿Cómo saben eso? —casi gritó el Director—. ¡El sobre...!

—Es usted un idiota —casi se irritó Katia Fedorovna—, No sólo abrimos el sobre y leímos los nombres, metiendo las listas de nuevo en un sobre nuevo, sino que Klaus Plumm hizo fotocopias de esas listas, y las envió desde una localidad de Francia a cierta dirección. Todo lo que necesitamos ahora es saber qué significan esas listas... ¿Qué significan?

—¿Me está usted interrogando... a mí?

—Mire, lo único que lamentamos de todo este asunto es la muerte de dos agentes que suponemos franceses, pues eso nos costará tener que dar muchas explicaciones a determinados amigos del SDECE (1), pero sabemos que ellos se resignarán cuando les demos la solución a las actividades de Hipolit Martel... que seguramente afectan a la seguridad de Francia... y de toda Europa. Por lo demás, señor Director, le sugiero que reflexione sobre su situación. Cabe la posibilidad de que usted decida matarnos a Klaus Plumm y a mí, pero le aseguro que no tardaría en lamentar amargamente haber tomado esa decisión, ya que en cuanto nosotros dejemos de enviar cada mañana una señal convenida fuera de esta casa, será invadida, y todos ustedes detenidos. No quiero recordarle lo desagradable que resulta caer en manos del servicio secreto ruso, señor Director.

(1) S.D.E.C.E.: Servicio de Espionaje y Contraespionaje Francés.

—¡Está usted mintiendo!

—Es usted un imbécil —refunfuñó Katia Fedorovna—. ¿No se da cuenta de que le conviene aliarse conmigo? Sé que usted es sólo la cabeza de turco de la organización. Dígame qué planes tienen sobre esa lista de diplomáticos europeos y norteamericanos, entréguese todos los de esta casa, y el asunto puede que todavía termine relativamente bien para ustedes. Es un buen trato, créame.

El Director la miraba como alucinado. De pronto, comenzó a oírse

el rumor lejano e incierto, que se definió en seguida: llegaba un helicóptero, con la enfermera para Otto. El Director se acercó a la cama, empuñó la pistola de Otto y gruñó:

—Vuélvase de espaldas.

—Está cometiendo un error.

—¡Vuélvase de espaldas o le volamos la cabeza a su maldito amante, o lo que sea!

Katia Fedorovna aspiró profundamente, y se volvió. Esperaba el golpe en la cabeza.

Y lo recibió.

Lo primero que vio al abrir los ojos fue un chino. Cerró los ojos, volvió a abrirlos pasados unos segundos, cuando le pareció que el dolor de cabeza había cedido, y en efecto, allí estaba el chino, no había sido ni un sueño ni una alucinación. Un chino de unos sesenta años, delgado, de amplia frente, inteligentes ojos negrísimos, vestido correctamente a la europea.

—Para simplificar —dijo el chino en tono neutro—, puede usted llamarme Ho Hao, Katia Fedorovna. Bien... ¿Es cierto lo que me ha contado el Director sobre usted y Nikolai Boltov?

Katia Fedorovna miró alrededor, sin contestar. Un destello pasó por sus ojos cuando vio a Nikolai Boltov tendido en el suelo. Le habían puesto los pantalones y un jersey y tenía atados los pies, y las manos a la espalda. Seguía bajo los efectos de la droga, al parecer... Y ella también tenía atadas las manos a la espalda. Estaba sentada en uno de los sillones del despacho del Director.

Detrás del chino Ho Hao estaban Grulla y Golondrina, mirándolos aviesamente. A un lado, el Director de «El Nido» la contemplaba, muy pálido.

—¿Y sus... empleados? —susurró por fin Katia Fedorovna.

—Hemos hecho un reajuste de personal —dijo Ho Hao.

—¿Qué quiere decir?

—Cuando el Director me llamó por la radio solicitando una consulta analítica de la situación y de los hechos ocurridos en París, comprendí que algo estaba... escapando a nuestro control. Así que en lugar de enviar una enfermera para Otto, decidí venir personalmente... Un gran riesgo, lo sé, pero el Supremo debe tomar decisiones drásticas de vez en cuando.

—No ha contestado a mi pregunta —contestó Katia.

—El personal de esta casa, es decir, todos los hombres, y las chicas que Karina Verkova debía adiestrar, están ahora esperando en una habitación mis últimas órdenes. Aunque, en realidad, todo está decidido respecto a esas muchachas y a esos mercenarios: la habitación fue preparada hace tiempo como cámara de gas. Ya no saldrán de ahí con vida. En cuanto a Otto, Grulla lo mató hace unos minutos, en su cama. Ya no le duele nada. A usted tampoco, ¿verdad? —sonrió de pronto el chino—. Pero las cosas van a cambiar si no contesta a mi pregunta: ¿es cierto lo que le explicó al Director?

—Sí.

—De modo que la M.V.D. dispone ya de esas listas de diplomáticos de alto nivel, conocen la existencia y cometido de esta Escuela del Amor privada y naturalmente, han comprendido

que mi organización está proyectando enviar a esas chicas para que dominen con sus encantos a esos diplomáticos y los lleven por donde yo quiera... o hubiese querido. Por si eso fuera poco, «El Nido» está rodeado de agentes rusos armados, que si en determinado momento de la mañana no reciben una discreta señal convenida con usted y su compañero, la casa será asaltada directa y abiertamente, a sangre y fuego. ¿Todo eso es así?

—Sí, así es. A menos que hagamos un trato.

Ho Hao sonrió, divertido en verdad. Acercó un sillón y se sentó frente a la rusa con elegante gesto.

—La escucho con sumo interés. ¿Qué trato?

—Dígame qué están tramando, y llegaremos a un acuerdo por medio del cual usted podrá salvar la vida.

—¿Salvar mi vida? Eso está ya resuelto y garantizado, señorita Fedorovna. Al parecer, usted no entiende que el Supremo siempre está preparado para resolver cualquier contingencia.

—¿Usted es el Supremo? ¿Supremo de qué? ¿Qué quiere decir con eso?

—Digamos que soy el jefe supremo del grupo que nuestro servicio secreto, el Lien Lo Pou, como usted bien debe de saber, designó para esta operación. Hasta el momento, he estado dirigiendo «El Nido» y todas sus actividades desde mi escondrijo en Amberes... hasta que ha sido necesaria aquí mi presencia resolutoria. Y he hecho muy bien en venir, porque las cosas están tan mal que sólo yo podía resolverlas. Y así quedarán cuando yo me vaya: resueltas en todos sus puntos. Lo que quiero decir es que cuando sus camaradas entren en esta casa sólo encontrarán cadáveres. Eso y unas listas de diplomáticos será todo lo que tendrá la M.V.D.

—¿Cree que le dejarán marcharse con el helicóptero? —dijo con incredulidad Katia Fedorovna.

—Tengo resuelto ese problema. De todos modos, me gustará escuchar su trato, su oferta concreta... ya que supongo que tiene algo más que mi vida para ofrecerme.

Katia Fedorovna se pasó la lengua por los labios.

—No —musitó—. No tengo nada más.

—Entonces, me temo que no habrá trato. Así que dejaremos a la M.V.D. con esas listas y con un montón de cadáveres, y partiremos.

—¿Nikolai y yo también? ¿Vivos?

—Por supuesto. ¿Todavía no ha comprendido que ustedes dos son la llave que me abrirá el cerco ruso en torno a esta casa? Saldremos de aquí de tal modo que nadie se atreverá a disparar. Creo que me está comprendiendo. Sí, parece usted muy

inteligente. Y creo que Nikolai Boltov es un tipo... duro de roer. Bueno, a decir verdad, me hubiera humillado mucho que mi cometido aquí hubiera sido anulado por un par de aventureros sin importancia.

—¿Cuál es su cometido aquí? Quiero decir, el de las chicas cariñosas... ¿Qué clase de mentalización debían conseguir en esos diplomáticos?

—¿Le gustaría saberlo? Bueno, ¿y por qué no? Se lo diré en pocas palabras, señorita Fedorovna: China quiere entrar a formar parte de la O.T.A.N.

Katia Fedorovna quedó pasmada.

—¿Qué? —exclamó tras unos segundos—. ¿China en la O.T.A.N.?

—Fantástico, ¿no es cierto? Tengo la impresión de que usted, como buena ciudadana rusa, ha debido de sentir un escalofrío al oír esto. ¿Se lo imagina? Ahora, la O.T.A.N. está haciéndole la corte a España para que se integre, y sin duda, lo conseguirá. Pero, naturalmente, m se les ha ocurrido pedir semejante... cooperación militar a China. Bien cierto es que China no se halla en el Atlántico, pero tampoco lo está Turquía, ¿no es cierto?

—Pero... ¿qué esperan ganar ustedes con eso?

—Seguridad frente a Rusia. Y al mismo tiempo, darle un buen golpe en la nariz al gigante soviético, que ya nos tiene más que irritados. Es de suponer que no le gustará de ninguna manera el hecho de que China entre a formar parte de la O.T.A.N. No, no le gustará tener esa... tenaza en Asia. Ni le gustará encontrarse entre dos fuegos. En el Oeste, Europa y Estados Unidos; en el Este, nada menos que China y sus ochocientos millones de habitantes. No, esto no debe de gustarle a los rusos, ¿verdad?

—Pero, ¿por qué hacerlo así? ¡No lo comprendo! Bastaría que China iniciara negociaciones con el alto mando de la O.T.A.N. para que fuera inmediatamente atendida y posiblemente recibida con no poca alegría... ¿Por qué no hacer la oferta directamente?

—No, no, China quiere que sea la O.T.A.N. quien haga la oferta. Por eso, nuestras chicas cariñosas, como usted las llama, habrían infiltrado la idea en las mentes de esos diplomáticos de alto nivel escrupulosamente seleccionados. Simulando ser inteligentes compañeras, habrían comenzado por hacer preguntas sobre China, sugerencias inocentes... Por fin, uno o varios de esos diplomáticos se habrían sorprendido a sí mismos. ¡China en la O.T.A.N.! ¿Cómo no se le habría ocurrido antes? Así que tarde o temprano, la idea empezaría a circular por Europa y Estados Unidos, en los medios adecuados. Finalmente, China sería sometida a una serie de... sugerencias por parte de la O.T.A.N.

Entonces Sería el momento de que, tras la gran «sorpresa» de China, las conversaciones se iniciaran. Todo elaborado, todo Sargo... Pero no tenemos prisa. Nos conformamos con entrar en la O.T.A.N. dentro de cinco o seis años. O sea, antes de la guerra.

—¿Qué guerra?

—Los sistemas analíticos chinos están... admitiendo la posibilidad de que antes de diez años tendrá lugar la Tercera Guerra Mundial. Para entonces China quiere estar en la O.T.A.N. ¿Le digo por qué, señorita Fedorovna? :

—Me gustaría oírlo —susurró la rusa.

—Porque si China forma parte de la O.T.A.N., Rusia perderá la guerra. Será... destrozada y descuartizada, como sucedió con Alemania. Y ahora, dígame: ¿para quién será Siberia y todas sus enormes riquezas todavía en reserva cuando Rusia sea... descuartizada por sus vencedores?

—¿Para China?

—¡Exacto! ¿Qué menos merecería la fiel China por sus servicios prestados contra el gigante soviético y contra sus posibles aliados del sur de Asia? Así que, digamos que, China se extendería por toda Siberia. Entre ambas, Mongolia. ¡Pobre Mongolia...! ¿Y se imagina usted un continente asiático en el que China ocupase además de su propio territorio lo que ahora es Siberia? ¿Qué quedaría de Asia entonces? Unos... pequeños bocados facilísimos de engullir. Sobre todo si esos pequeños bocados, esos países, hubieran estado al lado del perdedor, de Rusia. A decir verdad, y en definitiva, con el ingreso de China en la O.T.A.N. se iniciará una... nueva época de grandioso esplendor chino... lo cual es natural y lógico.

Katia Fedorovna, que se había ido recuperando de su asombro, preguntó:

—¿Natural y lógico? ¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que la hasta ahora sufrida raza china está en el centro del mundo. China es el centro del mundo... y desde ese centro irradiará poderosamente hacia todas partes hasta que la supremacía de China sea absoluta, tal como siempre ha merecido por su cultura, su inteligencia, la superioridad de su raza... No hay nada en el mundo que no pueda ser sometido a la superioridad china. ¡Pero si hasta la luna es un farolillo chino...! ¿Nunca ha pensado eso mirando la luna?

—No... Nunca, lo siento.

—Obsérvela: pálida, enigmática, con una aparente sonrisa que no significa nada, pisada pero no conquistada... Yo siempre he creído que la luna era un farolillo chino. Y... ¿sabe? ¡Es muy posible que pronto lo sea realmente, cuando China tenga el

dominio mundial que merece! Y todo, gracias al ingreso de China en la O.T.A.N. No sé si me ha comprendido, señorita Fedorovna.

—Desde luego que sí. Le he comprendido perfectamente.

—Entonces, podemos partir. Ya hemos invertido demasiado tiempo en solucionar este contratiempo.

Se volvió hacia las chinitas, y les dijo algo en su idioma. Las dos chinitas, Golondrina y Grulla, no contestaron a Ho Hao, simplemente mostraron las mantas que habían tenido a la espalda. Cada una de ellas tenía una pistola, y ambas apuntaron al pecho del Director de «El Nido», cuyo rostro se demudó.

—¡Pero...! —empezó a gritar.

Plop.

Plop.

Las dos balas entraron juntas en el corazón del Director, que saltó violentamente hacia atrás, y resbaló por el suelo hasta llegar junto a la destrozada emisora. Los ojos del recién asesinado personaje quedaron atterradoramente fijos en el techo, desorbitados.

Ho Hao miró amablemente a Katia Fedorovna.

—¿La escandaliza esto? —sonrió.

—No —musitó la rusa—. Supongo que debo hacerme a la idea de que es la misma suerte que nos aguarda a Nikolai y a mí.

—En efecto. Pero no todavía. Póngase en pie y camine... Vamos a salir de la casa. Nos escapamos, ¿comprende?

Katia Fedorovna no contestó.

Se puso en pie y caminó hacia la puerta, seguida por Ho Hao, que se había hecho cargo de las pistolas de las chinitas. Estas asieron a Klaus Plumm por los tobillos y las axilas y lo sacaron del despacho, hacia el vestíbulo.

Antes de salir de la casa, Ho Hao accionó los interruptores que encendían algunas luces en el jardín, y desde afuera llegó la intensa iluminación. Captando la mirada de Katia, Ho Hao explicó, sonriendo de nuevo:

—Usted va a salir bajo la amenaza de estas pistolas, y lo mismo su camarada Nikolai. Pase lo que pase, ustedes van a morir. Pero tengo la esperanza de que sus camaradas, al verlos en situación peligrosa, decidan no intervenir y dejarnos marchar en el helicóptero. Si no es así, moriremos todos, usted y Nikolai los primeros, naturalmente, pues en ningún momento correré el riesgo de que sobrevivan para explicar en Rusia que la luna es un farolillo chino. Salga

Katia Fedorovna caminó hacia la puerta, que Ho Hao abrió. La rusa salió en primer lugar, detrás Ho Hao, apuntándola ostensiblemente a la espalda. Grulla y Golondrina se apresuraron

a colocarse de modo que también Klaus Plumm quedase a tiro de las pistolas que empuñaba el chino.

El helicóptero estaba frente a la casa, a unos veinte metros. Distancia que fue recorrida sin que nada sucediera.

La primera en subir al aparato fue Katia Fedorovna. Luego, Ho Hao, que se sentó frente a los mandos, vuelto hacia ella, siempre apuntándola.

Luego, Grulla y Golondrina colocaron a Klaus Plumm junto a Katia, y subieron a bordo, jadeando por el esfuerzo. Grulla se sentó junto a Ho Hao y tomó las pistolas, tendiendo una a Golondrina, que se sentó de espaldas a la marcha y dando frente a Katia y Nikolai.

Las aspas del helicóptero comenzaron a girar. En pocos segundos, el aparato había despegado e iba tomando altura.

Las luces del jardín todavía permitían a Katia observar el inescrutable rostro de Golondrina, sentada frente a ella.

Un minuto más tarde, todo estaba decidido. «El Nido» había sido abandonado, lleno de cadáveres gaseados. Otro minuto más tarde, considerando ya resuelta la fuga, Ho Hao informó:

—Arrojaremos sus cadáveres al mar, señorita Fedorovna, y eso nos evitará complicaciones. Y mientras cae, observe la luna y verá cómo le recuerda a un farolillo chino suspendido en el cielo. Ah, pero no podrá ser, porque ya estará usted muerta. ¿O prefiere que la arrojemos viva?

Katia Fedorovna no contestó. Suspiró y se tendió en el piso del helicóptero como pudo, quedando en incómoda postura detrás de Klaus Plumm.

¿Qué podía hacer? Tenía las piernas libres, y podía quizá matar a Golondrina de un golpe, pero Grulla se volvería y comenzaría a disparar sin detenerse en consideraciones de ninguna clase. No, ya no habría consideraciones, ni diálogo. Ya sólo había la posibilidad de morir.

Y de pronto, las manos atadas de Klaus Plumm tocaron la cara de Aimée Devreux, o Karina Verkova, o Katia Fedorovna. Fue un contacto tan inesperado que Katia tuvo que hacer un tremendo esfuerzo para no demostrar sorpresa. Quedó inmóvil. ¿Había sido casualidad o algún zarandeo del helicóptero?

Las puntas de los dedos de Klaus volvieron a tocar su rostro, con insistencia. Un segundo más tarde, Katia Fedorovna comenzaba a morder las cuerdas que sujetaban las manos de Klaus Plumm.

—Pronto avistaremos el mar —sonó mucho rato después la voz de Ho Hao—. ¿Ha tomado ya su decisión, señorita Fedorovna? ¿Quiere que la arrojemos viva o muerta?

—Viva —dijo la rusa.

—Ah, quiere vivir lo máximo posible, ¿no es cierto? Muy bien, se le conceden esos minutos más de vid...

Ya no se habló más.

Las manos de Klaus Plumm aparecieron de pronto ante el rostro de Golondrina, que no tuvo tiempo de nada. Una de las manos le apartó la suya armada, y la otra, convertida en pétreo puño, se estrelló en su frente, con tal potencia que el hueso crujió, y, al ser empujada tan brutalmente la cabeza hacia atrás, el cuello de la chinita se rompió como si fuese un palillo.

Grulla no tuvo más oportunidades que su compañera.

Ni siquiera había comenzado a volverse cuando de nuevo el puño de Klaus entró en funciones, golpeando en la nuca a la muchacha, y tirándola, ya muerta como su compañera, contra el parabrisas del helicóptero.

Ho Hao sí pudo volver la cabeza, pero en ese instante la mano izquierda de Klaus le asió por los cabellos rudamente ahora arrodillado el falso alemán.

—Siga ocupándose de los mandos —dijo con voz arrastrada, todavía incierta—. Sólo eso. ¿Crees que podrás soltarte sola, Katia?

—Lo estoy intentando, pero no es fácil —replicó Katia Fedorovna.

—Gira de modo que yo pueda ayudarte con una mano.

Katia obedeció.

Los dedos de Nikolai Boltov comenzaron a trabajar en las cuerdas que sujetaban las manos de su camarada, la cual terminó la labor con un tirón que la dejó libre.

—Bueno, esto es otra cosa... Puedes soltarle la cabeza, Nikolai: tengo la pistola de la chinita.

Klaus Plumm, es decir, Nikolai Boltov, soltó la cabeza de Ho Hao.

Katia pasó al asiento delantero, echando a un lado el cadáver de Grulla, que quedó como aplastado entre ella y la portezuela. La pistola que empuñaba Katia apuntó a la sien derecha del chino.

—Rumbo a París, querido —dijo amablemente—. Vamos a tener que dar explicaciones en abundancia a nuestro jefe de operaciones en el Oeste de Europa, y usted nos va a prestar una estimable colaboración. ¿No es cierto?

El rostro de Ho Hao parecía totalmente del color de la luna, tal era su palidez.

Volvió la cabeza para ver a Katia Fedorovna, y por fin sonrió agriamente.

—Han hecho ustedes muy bien su jugada.

—Muy amable su elogio. Pero innecesario. Eso de que los rusos siempre pierden sólo ocurre en las películas norteamericanas. A veces también ganamos. En general, sabemos hacer bien nuestro trabajo. A veces somos adivinos: ¿quiere que le adivine lo que está pensando, Ho Hao?

—¿Qué estoy pensando?

—Está pensando en estrellar el helicóptero para que Nikolai y yo muramos aunque le cueste la vida. Y ello, para que no digamos lo que usted nos explicó. Pero la culpa es suya. Debió aprender de la luna: siempre tan calladita. En cuanto a su idea, olvídelas. Ya que en cuanto intente ponerla en práctica, le partiré la cabeza con la pistola y Nikolai se hará cargo de los mandos. De verás, olvídelo: usted no tiene más destino final que Moscú.

Ho Hao movió la cabeza, sonrió de nuevo, y de pronto, giró a la izquierda, empujó la portezuela y saltó al vacío, hacia la negra profundidad de la noche.

En el cielo, la luna contempló su caída, impasible.

—Nunca entenderé a los chinos —dijo Katia Fedorovna.

—¿Tú crees que es un farolillo chino? —preguntó Katia.

Nikolai Boltov frunció el ceño, y se quedó mirando fijamente la luna, que trazaba caminos de plata en el mar. Los dos espías estaban tendidos en la arena de cierta playa del Mar Negro, ambos envueltos en gruesos albornoces.

El día había sido aceptablemente estival, pero la noche era más bien fresca.

Detrás de ellos, la pequeña casa en la que, tras la presentación de su informe en el directorio de la M.V. D. en Moscú, se disponían a descansar unos cuantos días.

—Pues a lo mejor —dijo por fin Nikolai.

—¿Y por qué no podría ser un farolillo ruso en vez de chino?

—Los rusos no tenemos esas tonterías.

—Bueno —miró Katia Fedorovna hacia él—, ¿qué te cuesta complacerme y decir que podría ser un farolillo ruso?

—Tienes razón. Podría ser un farolillo ruso.

Se quedaron mirándose fijamente.

Por fin, Nikolai Boltov pasó una mano por la nuca de Katia Fedorovna, la atrajo y la besó en la boca. Katia se abrazó inmediatamente a él, y correspondió apasionadamente al beso... de su camarada. ¡Y vaya si eran buenos camaradas!

La temperatura dejó de tener importancia a medida que se iban entusiasmando con los besos y las caricias.

Nikolai abrió el albornoz de Katia, dejando al descubierto su espléndido cuerpo.

—¿Tienes frío? —susurró.

—Se me pasará en seguida —susurró también ella.

Poco después, en efecto, ninguno de los dos tenía frío. Y antes de cerrar los ojos en el momento en que el grandioso placer comenzaba a inundar su cuerpo, Katia Fedorovna todavía pudo enviar una sonrisa al farolillo chino que les contemplaba desde el negro cielo.

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.